

"ARGHO"

PETER KAPRA

PETER KAPRA

«ARGHO»

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Portada: C. PRUNÉS

Primera edición - Noviembre de 1912

Depósito Legal B. 42.800 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

El joven doctor Avesnes, de largos y bien cuidados cabellos, ojos azules y complexión atlética, que vestía un ajustado jersey blanco, de cuello de cisne, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y entornó los ojos.

Henri Luys se inclinó sobre él, diciéndole en tono suave:

—Estás dormido, Joseph... Te sientes cómodo, descansado y tranquilo... Los párpados ya no te pesan, ¿verdad?

—Sí, me siento muy confortable —respondió el hipnotizado.

Henri rozó con los dedos las sienes del otro.

—Eso está bien. Descansa. Quiero que te relajes para poder escuchar atentamente lo que voy a decirte. Sé quién eres y tú también me conoces. No vas a trabajar con Didier, ¿sabes? Le escribirás diciéndole que lo has pensado mejor y prefieres pasar una temporada en Brasil.

»Hoy mismo irás a Orly y tomarás un avión para Argelia. Antes pasarás por la agencia de viajes «Transmonde», donde te darán los dos pasajes. Lorette y tú os casaréis en Orán mañana mismo. ¿Comprendes bien lo que te digo?

»Esto será una breve luna de miel para vosotros. Después, os dirigiréis a un lugar, en pleno desierto del Sahara, llamado Bir el Deneb, donde os esperan. Allí os darán instrucciones. ¿Recordarás el nombre? ¡Bir el Deneb! ¡Repítelo, Joseph!

—Bir el Deneb.

—Es un lugar que no figura en los mapas. Los de la «Transmonde te darán instrucciones para que puedas llegar hasta allí. Pero ninguno de los dos podéis hablar con nadie acerca de ese lugar.

»Te voy a dar una contraseña que recordarás siempre. Es un nombre exótico y raro, cuyo sentido conocerás pronto. Es «Argho» y no significa nada por ahora.

»Lorette estuvo ayer en mi casa, a visitar a Claire. Tanto tú como ella queréis iniciar una nueva vida juntos y puedo asegurarte que no te arrepentirás de realizar ese viaje con nosotros.

»No puedo decirte nada más, Joseph. Cumplirás todo lo que te he dicho, sin hablar de ello con nadie, ni siquiera conmigo. Lorette no opondrá dificultades. Actuaréis de común y tácito acuerdo.

«Ahora, cuando yo cuente tres, despertarás y no recordarás nada de lo que hemos hablado. Pero lo cumplirás todo al pie de la letra... Uno... dos y tres.

Henri Luys retrocedió hasta la mesa y se apoyó en el borde.

En el sillón reclinable, Joseph Avesnes se agitó unos segundos y luego parpadeó.

— ¡Doctor Luys, creí que me había quedado dormido! —exclamó, con voz sorprendida.

—No, Joseph. Me estabas diciendo que Alex Didier te había ofrecido un trabajo en su clínica. No es lo que tú necesitas, pero te ayudará bastante en tu carrera. Y podrás casarte con Lorette.

— ¿Qué le pareció ella?

—Una agradable y deliciosa criatura, Joseph —replicó Henri con una sonrisa—. Claire también quedó encantada con ella.

—Es muy buena y bonita. Nos conocimos durante una huelga de estudiantes. Ella estudió arquitectura. Quiere hacer el doctorado. Si tenemos paciencia, podremos reunir todo lo que necesitamos. Ni ella ni yo tenemos familia.

Henri se acercó a Joseph y le puso la mano en el hombro.

—Lo sé, Joseph. Serás un buen médico, puedes estar seguro. Los hombres como tú suelen triunfar todos. No hay complejos en tu mente. Piensas bien y con rectitud. Y tu infancia no ha causado mella alguna en tu moral. No eres único. Has tenido todo el cariño y el afecto que hayas podido necesitar.

El visitante del doctor Henri Luys, sonriendo satisfecho, empezó a levantarse de su asiento.

—No quiero molestarle más, doctor Luys. Sé que tiene usted mucho trabajo y le estoy robando su precioso tiempo. Yo no puedo pagar los elevados honorarios de esas personas importantes que aguardan en la antesala.

—Tú eres un buen amigo al que me satisface atender y aconsejar, Joseph. No te preocupes de nada. Nos veremos otro día.

— ¡No faltaba más! Gracias por todo y adiós.

Henri Luys acompañó al joven médico a la puerta. Odette, la enfermera recepcionista, dijo a Luys, en voz baja:

—«Madame» Labaille se está impacientando, Henri.

—Lo siento. Debo hacer una llamada... Adiós, Joseph... Te avisaré dentro de unos minutos para que la hagas pasar, Odette.

—Sí.

Henri regresó a su consultorio y se sentó detrás de la mesa, abrió un cajón y tomó un estuche de cuero, del tamaño de una pitillera, cuya cremallera descorrió. Dentro había un objeto plano, con una pequeña pantalla ovalada en el centro. Presionó un resorte lateral y la pantalla en miniatura se iluminó, apareciendo el rostro agradable de Edmund Varzy, el hombre de «Argho», cuyo verdadero nombre era Veedax.

—Hola, Edmund. Ya tengo otra pareja.

— ¡Magnífico, Henri! ¡Esto marcha! Por mi parte, he enviado a Bir el Deneb a diez jóvenes más, de nacionalidad germana. Buenos muchachos todos.

—El mío se llama Joseph Avesnes, y es médico. Su prometida es arquitecto.

— ¡Caramba, Henri; me ganas en clase! A mí me preocupa más que nadie pueda echarlos de menos que sus títulos. Sé que pueden aprender mucho con nosotros.

—A mi pareja tampoco la echará nadie de menos. Son universitarios estatales y pretextarán irse a trabajar al Brasil. Mañana mismo se pondrán en camino para Argelia.

—Eso está bien. Ya nos faltan pocos. Será cuestión de preparar la nave. ¿Cuándo crees que lo tendremos todo dispuesto?

—Yo estaré listo dentro de un mes. Claire me ha preguntado si los niños sufrirán algún trastorno.

—Sí, pero nada de importancia. Ellos se adaptarán al nuevo ambiente antes que vosotros. No sois los primeros terrestres que nos visitan y conocemos todas vuestras reacciones psíquicas y fisiológicas.

—De acuerdo. Tranquilizaré a Claire. ¿Hay alguna instrucción especial para mí?

—No. Aunque... ¿Por qué no te pasas por la «Transmonde» y hablas con Barry? Están haciendo unos enormes gastos injustificados. No es que me preocupe, pero no me gusta llamar la atención. Tú sabes muy bien cómo husmean los secuaces de Jacques Marten.

—Lo sé. Visitaré a Barry esta tarde. Edmund. Si es preciso le someteré mediante hipnosis. Desde luego, preferiría dejarle aquí.

—Vendrá con nosotros. Barry Trent es un tipo inteligente...

* * *

Claire de Lautréamont no había cambiado nada desde que dejara la secretaría del Departamento Interplanetario de la Federación Europea para casarse con el psiquiatra Henri Luys. Ni su bonita y agraciada figura se estropeó con el nacimiento de sus tres hijos, Marcelo, George y Nanette, que ya tenían cinco, tres y un año, respectivamente.

Por el contrario, Claire poseía ahora esa atrayente belleza de la mujer joven, pero madura, de treinta años, de serena fascinación y llamativos encantos que tanto agrada a los hombres, especialmente a los jóvenes.

Aquella tarde, Claire Luys, como ahora se llamaba la señorita de Lautréamont, descendió de un lujoso automóvil verde, frente a la entrada de la agencia de viajes «Transmonde», sita en el Boulevard

Saint Michel. Un chófer de uniforme le abrió la puerta del vehículo.

— ¿La espero, «madame»? —preguntó.

—No, gracias, Pierre. Puedes volver a casa. He de hacer algunas compras cuando termine aquí. Volveré luego en taxi.

—Muy bien, «madame».

Claire penetró en las oficinas de la agencia de viajes, donde un hombre joven, moreno, de unos veinticinco años y que vestía un traje azul muy elegante, había sido avisado para salir a recibir a Claire.

— ¡Oh, «Madame» Luys, qué honor para nosotros verla por aquí!

Al decir esto, Barry Trent se inclinó sobre la mano que Claire le tendía.

—Hola, Barry. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Quiere pasar al despacho?

Un empleado abrió la puerta que conducía al despacho del joven jefe de la agencia, que era una de las más modernas de París, decorada con sumo gusto.

Todo allí era grato, alegre y de exquisito gusto, como el suntuoso despacho de Barry, alfombrado, tapizado y amueblado con un estilo modernísimo.

Sin embargo, cuando Claire entró en el despacho y se cerró la puerta, los modales de Barry Trent cambiaron bruscamente, pues se acercó a su visitante y la besó en la mejilla.

—Me alegro que hayas acudido a mi llamada, Claire. Estoy preocupado.

— ¿De qué se trata? ¿Por qué no podías decírmelo por videófono?

—Algo está ocurriendo, Claire... Y no lo entiendo, porque Henri no podía ser engañado así, dado que penetra en las mentes de todos nosotros.

— ¿Qué quieres decir?

—Han venido dos personas hoy. Él es Joseph Avesnes y ella...

—Lorette Depuis —abrevió Claire.

—Sí, exactamente —dijo Barry, yendo a la mesa para abrir una carpeta de color crema que tenía allí—. Aquí están. ¿Sabéis quiénes son?

—Sí, naturalmente. Henri los eligió para el viaje a «Argho». Él es médico y ella arquitecto.

—Echa un vistazo a esto. Me lo ha enviado Krugger... ¡Se trata de dos agentes del Servicio de Información Política! Sus nombres verdaderos son Alan Fruyberg y Sonia Desmond.

— ¡Eso es imposible! —exclamó Claire, atónita—. ¡Henri no puede cometer un error semejante! ¿Estás seguro de que Krugger no se ha equivocado?

Barry sacudió la cabeza negativamente.

—Lo he confirmado en el acto. El archivo de Krugger es el más importante de Europa.

—Hay que decírselo a Henri.

—Yo no haría eso, Claire. No sé lo que, en definitiva, estamos realizando aquí. Ya debe haber más de ciento cincuenta personas en la colonia Becra, de Bir el Deneb, y ni siquiera llevamos seis meses con esto.

»Tú no sabes con exactitud lo que estamos haciendo. Nadie sabe nada, excepto Henri Luys y el hombre de «Argho». Pero es evidente que la policía siente curiosidad por nosotros y... Bueno, Henri ha cometido un error. ¿O no hay tal error, Claire?

—No te comprendo.

—Creo que, si hablamos con claridad, nos comprenderemos mejor, Claire. Tú sabes más que yo de este asunto.

—Te equivocas, Barry —respondió ella, sentándose en un sillón helicoidal y quedándose pensativa—. Henri no puede cometer errores.

—Eso he pensado yo. Y, por tanto, sabe la verdad. Eso quiere decir que cuenta con que los falsos Joseph y Lorette no puedan informar desde Bir el Deneb y que el viaje se realizará pronto.

—Sé que estás tratando de sonsacarme, Barry —murmuró Claire.

Él se acercó a ella y la miró fijamente. Su semblante no se alteró lo más mínimo al decir:

—Me gustas mucho, Claire. Necesitaba decírtelo.

Ella se estremeció y le devolvió la mirada.

—No debes decir eso, Barry. Estoy casada y amo a mi esposo.

—Lo sé —replicó él tristemente—. Antes quisiste al conde de Montara; luego te casaste con Henri y nadie te impide corresponder al amor que siento por ti.

— ¡Sería inicuo, Barry! —replicó ella, alargando la mano y asiendo el brazo de Barry—. Por favor, no me lo repitas.

— ¡No sé lo que estamos haciendo aquí, Claire, ni me importa! ¡Sólo me importas tú, por eso ayudo a tu marido! ¡Pero si supiera que no había la más mínima esperanza para mí, me iría de estas oficinas y no volverías a verme más!

—Per favor, Barry. Te necesitamos. Helen te quiere.

— ¡Helen no sabe lo que es amor y cada día la encuentro más insignificante! ¡Vivo en el tormento desde el día en que me presentaron a ti!

Zumbó el interfono sobre la mesa. Barry se apartó de Claire, que estaba emocionada por las vehementes palabras del ardoroso joven.

—Sí, ¿qué ocurre, Nadie?

—Viene el doctor Luys —replicó una voz femenina por el interfono.

— ¿Henri? —exclamó Claire, poniéndose en pie, sobresaltada, mirando a Barry—. Me dijo que tenía trabajo y que no iría a casa. Pero no supuse que vendría aquí.

—Hazle pasar, Nadie. —Barry cerró la comunicación y preguntó a Claire—. ¿Quieres que te vea?

— ¡Oh! ¿Por qué he de ocultarme de Henri? He venido porque tú me has llamado.

—He pensado que quizá no desearas que te viera. Puede que sea culpable de pensamiento —Barry trató de sonreír.

La puerta se abrió y apareció el doctor Henri Luys, alto, elegante y bien parecido. Se sorprendió un poco al ver allí a su esposa.

— ¡Claire! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Barry me ha llamado. Parece ser que algo no marcha bien con Joseph y Lorette —respondió ella.

—Se trata de un informe del archivo Krugger —intervino Barry—. Echa un vistazo a esto. Al parecer son agentes del Servicio de Información del gobierno, y sus nombres son Alan Fruyberg y Sonia Desmond.

Después de cerrar la puerta y acercarse al centro del despacho, Henri Luys dijo:

—Ese informe de Krugger es falso.

—Pero...

—Quiero que hagas una cosa, Barry. Ve con Joseph y Lorette a Bir el Deneb y espéranos allí. La marcha será pronto.

— ¿Y quién se ocupará de esta oficina?

—Sobra personal. Me han dicho que gastas mucho y tu conducta es llamativa. Helen se reunirá contigo allí. Hay que empezar a liquidar nuestras cosas. No volveremos jamás.

Barry abatió la cabeza, con expresión culpable.

— ¿Por qué, Henri?

— ¿Necesitas una respuesta? Puedo dártela, Barry. Sé muy bien lo que te ocurre. No te gusta ese viaje a lo desconocido. Preferirías más quedarte aquí, con dinero... ¡Y si mi mujer se queda contigo, tanto mejor!

— ¡Henri! —exclamó Claire, poniéndose en pie, con actitud ofendida.

—Perdona, querida. No lo he dicho por molestarte. Sé lo que sientes. Barry está inquieto. El ignorar nuestros propósitos le atemoriza. El indiscutiblemente, le gustas, lo cual me halaga. Pero no deseo que cometa una tontería. Estamos metidos en un negocio muy

serio y pronto sabrá su exacta naturaleza. Con el tiempo, me dará las gracias por haberle seleccionado. Ahora, está confundido y desorientado.

»Vete con ellos, Barry, y no te preocupes de nada más. ¿O prefieres volver a Londres?

—No, iré a Bir el Deneb —contestó Barry, sumisamente—. No podrás hacerme olvidar a Claire.

— ¡Claro que puedo hacerlo! —replicó Henri—. Pero no vale la pena. Donde vamos ha de haber eso que nos es tan propio. En «Argho» no necesitan autómatas. Nuestra raza es casi perfecta, con sus cualidades y defectos.

»Esta bonita oficina se te ha subido a la cabeza, Barry. Pero estás aquí cumpliendo una misión que no es tan importante como tú te crees. Otro puede sustituirte. Después, la agencia quedará para los empleados, hasta que la arruinen. La hemos montado para muy poco tiempo. El objetivo es más importante… ¡A través de nosotros se ha organizado el primer viaje turístico interplanetario clandestino!

»Ya hay más de ciento cincuenta personas esperando. Y si la agencia Krugger te ha hecho creer que Joseph y Lorette son agentes del gobierno, te han mentido. Esperan que los rechacemos. Hay alguien que está enterado de parte de nuestro secreto… ¡Tú lo has divulgado, Barry!

— ¡Te juro que…! —empezó a decir Barry.

—No hables. Obedece. No puedes hacer otra cosa, Si Veedax interviene en tu asunto, será mucho peor, ¡porque su moral no es como la nuestra y considera que la muerte de un hombre carece de importancia!

Barry Trent se había puesto pálido.

—Por eso no hay caso. Vete y espéranos. Emprenderemos viaje antes de lo que supones. No hay organismo privado u oficial que pueda impedírnoslo, porque la decisión de cuanto hacemos se ha tomado fuera de este mundo.

— ¡No! —exclamó Barry.

—Es cierto. Puedes creerme. Algún día conocerás nuestro destino. ¿Vámonos, Claire?

—Sí, Henri.

El psiquiatra tomó a su esposa del brazo y la condujo hacia la puerta. Antes de abandonar el lujoso despacho del aturdido Barry, aún dijo Henri:

—Aquello es más importante que esto. No digas nada a Krugger. Si el comisario Marten quiere saber lo que ocurre aquí, no lo conseguirá. Y piensa que es amigo mío.

»Has despilfarrado demasiado dinero, Barry. Tu misión ha terminado en París. Ahora, aguardarás en el desierto la expedición clandestina.

CAPÍTULO II

La colonia Becra había sido un antiguo solárium para artríticos, alzada por el turismo sahariano, a mediados de la década de los setenta, junto a un manantial subterráneo. Nadie se curó allí de su artritismo y el lugar, por diversas razones, se hizo impopular.

Aquello había sido adquirido por el misterioso Edmund Varzy y pronto empezaron a llegar viajeros jóvenes, recién casados en su mayoría, a los que se había prometido una existencia maravillosa, además de condicionar sus mentes para la pacífica espera.

Primero llegaron los que habrían de ser empleados —¡y que también formarían parte de la expedición a Marte, aunque ellos lo ignoraban!— y se instalaron las cocinas, alcobas, salones, desempolvándolo todo. Éstos eran ocho jóvenes matrimonios, «reclutados» en Italia, Yugoslavia, Francia y Bélgica. Pronto estuvieron en condiciones de recibir a los primeros «clientes».

Luego, siempre a través de la «Transmonde», fueron llegando más individuos: franceses, españoles, ingleses, alemanes, italianos, etc. Poco a poco fue creciendo la colonia. Allí no había nada que hacer, excepto bañarse en la piscina, tomar el sol, leer o ver la televisión mundial, cuyos programas llegaban a través de la emisora Centro Congo, en nítidos colores.

También se hacían excursiones al desierto, en automóvil, para sentirse en algo tórrido y verdaderamente perdido, que organizaba Paul Mizzan, el jefe de recepción.

Un día, sin embargo, en un pequeño avión de poderoso motor eléctrico, llegó el propio Henri Luys. Ya habían llegado más de cien jóvenes y alguien, no se sabía por qué causa, manifestaba deseos de regresar. El agradable Luys se entrevistó a solas con los descontentos y los transformó en los más fieles y sumisos «clientes» del balneario.

Aquello, según el psiquiatra, era una experiencia científica. Se habían reunido jóvenes de diferentes lenguas y caracteres, subvencionados por una fundación universitaria, para conocer sus reacciones psicológicas, en un estudio que más tarde conocerían.

Lo único que debían hacer era esperar a que estuvieran todos reunidos. Después, emprenderían un viaje colectivo a un lugar desconocido. El resultado de aquel insólito estudio sería dado a conocer a su debido tiempo.

Y, naturalmente, el gobierno de Argel tuvo curiosidad por saber qué clase de experiencia psicológica era aquélla, para lo cual envió un funcionario, que se entrevistó con el responsable de la colonia, Paul Mizzan, quien le mostró el lugar, las obras de restauración llevadas a

cabo y las condiciones higiénicas y sanitarias de las residencias.

—«Son matrimonios jóvenes, que pasan aquí su luna de miel, inspector —explicó el joven Mizzan—. No han de pagar nada. Todo corre a cargo de la fundación que realiza los estudios.

»—Pero ¿qué estudios son ésos? —insistió el inspector argelino.

»—Lo siento. Yo no lo sé. Aquí no hacemos nada malo y usted puede comprobarlo.

»—Por supuesto. Pero el Departamento del Interior está intrigado. Sabemos que han pagado generosamente por instalarse aquí y han mejorado el lugar. Sin embargo, se teme que puedan ustedes dedicarse a cualquier actividad irregular.

»—No hay nada de eso. Pueden venir cuando quieran, de improviso, y nunca nos sorprenderán realizando prácticas ilegales o deshonestas. La moralidad es aquí una base científica.

El inspector del gobierno se marchó e informó de cuanto había visto. También en Francia se tuvo noticias de aquella extraña colonia. Y por esto se movilizó el Servicio de Información del gobierno europeo.

Pronto averiguaron que el reclutamiento se hacía a través de la agencia de turismo recién instalada en el Boulevard Saint Michel, la «Transmonde», que dirigía un joven inglés, Barry Trent, al que la policía secreta vigiló estrechamente.

Barry no ocultó que la «Transmonde» era propiedad del doctor Henri Luys y de su esposa. Entonces, la policía se mostró sumamente cautelosa. Un comisario de la Prefectura de París, Jacques Marten, que conocía bien al doctor Luys, indagó sutilmente y, al fin, decidió mover ciertos hilos, muy secretos, para que dos agentes entrasen en contacto con Henri Luys.

Y estos agentes del Servicio de Información del gobierno eran Alan Fruyberg y Sonia Desmond, que se hacían llamar respectivamente Joseph Avesnes y Lorette Depuis.

* * *

Aquella noche, Barry Trent no tomó solo el avión para Orán. Le acompañaba una joven inglesa, vivaracha, de grandes ojos pardos, rostro pecoso y cuerpo pequeño pero escultural, cuyo nombre era Helen Gray.

Con ellos viajaban también Alan y Sonia, que llevaban un ligero equipaje. Llegaron juntos al aeropuerto, en un coche grande, subieron al avión y pronto se disipó la tristeza de Barry, porque la compañera de Alan resultaba más agradable en persona que en fotografía.

—Nos casaremos mañana mismo —dijo Sonia Desmond—. Así

podremos llegar a Bir el Deneb como marido y mujer.

Alan Fruyberg sonrió y abrazó a su «prometida».

—Eres adorable, Lorette. Ni siquiera sabemos lo que estamos haciendo aquí —mintió Alan, volviéndose hacia Barry—. Ambos hemos sentido la imperiosa necesidad de huir… Y hemos aceptado la ayuda de ese admirable mecenas que es el doctor Luys.

— ¡Un caballero francés! —exclamó Helen Gray—. Me encanta.

«—Henri Luys te sugestionará, Alan —recordó éste que le había dicho el comisario Marten—. Con él se actúa siempre en guardia. Posee un condenado dominio de la hipnosis. Claro que vosotros estaréis prevenidos y fingiréis el estado hipnótico. Él no dudará de vosotros porque tiene demasiada fe en su ciencia. Es el único modo de enterarse de todo.

Ahora, recordando aquella entrevista con Marten, Alan Fruyberg se sentía satisfecho. Obedeció las instrucciones al pie de la letra y el resultado era esperanzador. Como el joven doctor Avesnes y la arquitecto Lorette Depuis, iban en «viaje de novios» hacia la misteriosa región de Bir el Deneb. El comisario Marten estaba enterado y confiado.

— ¿Qué supone usted que hacen, comisario? —había preguntado Alan.

—Ah, eso es lo que quisiera saber. Hubo un hombre, por llamarlo de algún modo, que tuvo tratos con el doctor Luys. No le vi jamás. No sé si era hombre o diablo, ni de qué mundo había venido. Sólo vi, cuando se marchó, algo resplandeciente y extraordinario, que parecía uno de esos platillos volantes que tanto han exaltado la imaginación de las gentes.

»Lo vi perfectamente. Estaba de servicio y no dormía. Surgió de entre los árboles, en una finca próxima a Fontainebleu, y desapareció en el cielo. Sólo pudimos averiguar que era alguien con poderes sobrenaturales.

»Y ahora se me ha metido en la cabeza que el doctor Henri Luys ha podido caer en sus redes o bien aceptar la colaboración de aquel individuo, al que ningún tribunal de justicia podría condenar como asesino, pese a tener pruebas de que mató a un hombre.

Todo esto apasionaba la imaginación de Alan. Sabía que el caso era importante. Le eligieron a él por ser médico, además de agente del gobierno. No se podría engañar a Henri Luys con un falso médico.

Alan era aventurero por condición, igual que su presunta prometida. Pero, además, le fascinaba el caso. ¿Qué había en Bir el Deneb? ¿Qué era «Argho»? ¿Por qué se había montado aquella organización de turismo? ¿Qué se proponía Henri Luys?

Pero había algo más en aquella misión insólita. Henri Luys le había «ordenado» casarse con Lorette. Él había hablado con ella y ambos sonrieron.

—Fingiremos casarnos, desde luego —agregó Alan—. Los hipnotizados no pueden desobedecer un mandato poshipnótico. Cuando lleguemos a Orán, buscaremos la oficina del registro Matrimonial. Con eso será suficiente.

— ¿Y por qué no nos casamos de verdad, Alan? —replicó Sonia.

— ¿Qué dices, insensata? ¿Tan loco crees que estoy?

—Un matrimonio se puede anular después… ¡Vamos, Alan; no soy tan desdeñable!

— ¡Por supuesto que no, Sonia! Pero es una tontería. Yo deseo casarme enamorado y se supone que estoy sólo sugestionado. Además, ni siquiera me llamo Joseph Avesnes. Sería una falsedad.

—Nuestra documentación es perfecta. Nadie pondrá en duda que mi nombre es Lorette. Y si no, que lo pregunten a la Prefectura de París.

Rieron ambos, pero en Sonia quedó cierto desencanto romántico. Era mujer y el deber no lo encontraba reñido con el sentimiento. Además, si Alan le hubiera pedido en matrimonio, ella habría aceptado encantada.

—Nosotros nos casamos en Londres —dijo Barry Trent—. Helen, sin embargo, lo ocultó a causa de sus padres. Mi buen suegro juró desheredarla si se casaba conmigo.

— ¿Cuál es tu vicio? —preguntó Sonia.

—Mujeres, drogas, juego, alcohol y todo lo que salga. Sólo se puede vivir una vez —replicó Barry, con desenfado—. Claro que todo eso resulta algo caro y uno desconoce la virtud del trabajo. Pero la suerte me mima. Soy su preferido. Mientras que vosotros lleváis sólo unos cientos de francos, yo llevo algunos miles.

»Espero que en Bir el Deneb haya donde gastarlos —continuó diciendo Barry, con despreocupación, tratando de impresionar a Sonia, porque Helen le conocía demasiado bien—. Si no me gusta el lugar, me volveré a París.

Sonia Desmond, que nunca olvidaba su misión, trató de sonsacar a Barry, creyéndole en vena confidencial.

— ¿Qué te parece «madame» Luys?

— ¡Ah, una gran dama! Confieso, sin rubor, que no he tenido éxito con ella. Tal vez sea debido a que tiene alma de funcionario público. Fue secretaria del Departamento Interplanetario… ¡Pero es muy bella!

— ¿Qué significa «Argho» para vosotros? —preguntó, a su vez, Alan.

Barry se inclinó en su asiento giratorio hacia Alan y musitó:

—No hagáis demasiadas preguntas. El archivo Krugger nos dio informes vuestros. ¿No os llamáis Alan y Sonia?

Alan Fruyberg creyó perder el color de la cara, mientras que Barry sonreía cínicamente, disfrutando del efecto causado; luego añadió:

—Yo vivo y dejo vivir. ¿Vamos al bar a tomar algo, Lorette?

* * *

Sin embargo, en la colonia de Becra reinaba el orden y la armonía. Las dos nuevas parejas llegaron en una avioneta privada. Se les encogió el corazón al ver la soledad del desierto y no recobraron la alegría ni al ver el centenar de palmeras que rodeaban la residencia de Becra.

Al tomar Tierra, Paul Mizzan les saludó, acercándose a ellos con su mejor sonrisa.

— ¡Barry Trent en persona! —exclamó—. Esto me hace pensar que el reclutamiento se está concluyendo. ¿Cómo están el doctor Luys y su distinguida esposa?

—Cualquier día los veremos llegar en su avioneta privada, con sus tres hijos. Éstos son Lorette y Joseph Avesnes, recién casados. Firmamos Helen y yo como testigos en el Registro Matrimonial de Orán… Éste es el jefe de la colonia, Paul Mizzan.

Paul estrechó las manos de Sonia y Alan y luego les acompañó a todos hasta el hotel.

— ¿Qué se hace aquí?

—Jugar, bañarse, leer y pasear. Tenemos tenis, cricket, golf y un gimnasio.

— ¿Hay naipes? —preguntó Barry.

—También, por supuesto.

—Eso está bien. Aumentaremos nuestro dinero, Helen.

Pero las buenas intenciones del poco escrupuloso Barry pronto se vieron truncadas. Al día siguiente, en un veloz «Thunder» a reacción, llegó el único individuo que no tenía pareja. El aparato no hizo más que dejarle y emprender el regreso.

Edmund Varzy, con un maletín de cuero rojo, se acercó a donde estaba Paul Mizzan, perplejo.

—No tenía noticias de su llegada. ¿Qué le trae por aquí?

Edmund Varzy, elegante, alto y proporcionado, sonrió y dijo:

—«Argho». Me envía el doctor Luys.

—Pero… Yo creí que debían venir todos acompañados.

—Todos menos yo —replicó Edmund—. Esta expedición ha sido organizada por mí.

— ¡Oh! —exclamó Mizzan—. Será mejor que tome el teléfono y llame a París.

—No te molestes. Tú no me conoces, pero yo os conozco a todos. Tú eres Paul Mizzan y puedo decirte hasta el número de juguetes que tenías en tu habitación, en Constantine.

Edmund Varzy acompañó a Mizzan hasta el despacho que éste tenía en la planta baja del edificio principal de la colonia. Una vez encerrados allí, mientras tomaban un refresco de té, miel y limón, el hombre de «Argho» dijo:

—Hay que estar preparados para dentro de siete días. El martes, exactamente, a las nueve y media de la noche, vendrán a buscarnos. Yo prepararé a todos. Henri Luys y su familia llegarán el lunes por la noche.

— ¿Nos vamos, pues?

—Sí.

— ¿Adónde?

—Lejos. Lo sabrás a su debido tiempo. Sólo puedo deciros que os espera a todos un magnífico porvenir. Es importante. Podéis consideraros como seres privilegiados.

—Eso creemos. ¿Y todo esto?

—Se quedará tal y como está. Pero no hace falta que nadie lleve nada. Sólo lo puesto. Donde vamos os facilitarán todo cuanto sea necesario.

— ¿Han de llegar más?

—Sí. Vamos a ser doscientos, aproximadamente.

— ¿Iremos todos en un mismo avión? —preguntó Mizzan.

—Sí. Aunque no es exactamente un avión. Es mejor que no hagas preguntas de ese tipo. La incógnita de «Argho» quedará pronto despejada.

—Está bien, señor... ¡No me ha dicho su nombre!

—Soy Edmund Varzy, aquí; luego sabréis que me llamo Veedax.

Este nombre lo pronunció Varzy con un acento extraño que intrigó a Mizzan. Sin embargo, en los ojos serenos del otro descubrió una mirada significativa.

Aquello era algo importante. Paul Mizzan lo sabía.

—Hay algo más, Paul. La pareja que vino ayer con Barry Trent, los que se hacen llamar Lorette y Joseph Avesnes, no pueden utilizar el teléfono para nada.

—Aquí nadie utiliza el teléfono, señor Varzy.

—Quiero hablar con ellos aquí mismo. Ve a buscarlos y condúcelos a mi presencia. Luego, déjanos solos.

—Está bien. Imagino que es usted el que manda. —Imaginas bien,

Paul... ¡Yo soy el hombre de «Argho» y todo cuanto hay aquí se ha pagado con mi dinero! Haz lo que te he dicho.

CAPÍTULO III

Doscientas personas, entre hombres y mujeres, formaban un compacto, impresionante y silencioso grupo, mientras la «Luz» descendía lentamente del cielo, sin ruido, envuelta en mágica fosforescencia.

Había estupor, asombro, incredulidad, desconcierto, temor, superstición y miedo en aquellos rostros ocultos en las sombras. Por suerte, Veedax los había reunido a todos antes en un salón, sometiéndolos a hipnosis colectiva, gracias a su poderoso dominio psíquico.

Nadie era, pues, capaz de retroceder ya. Tenían que permanecer allí, contemplando lo que parecía imposible que desafiara las leyes gravitatorias, y que tenía forma de gran platillo lenticular luminoso.

Antes había sido un punto rojo y distante en el cielo. Pero Edmund Varzy y Henri Luys, desde el despacho de la colonia, accionaron un aparato de radio, enviando una onda especial que sirvió de guía a la nave.

El punto rojo aumentó de tamaño. La «Luz» se hizo luminaria sobre el cielo del desierto del Sahara. Si alguien, aparte de las doscientas personas que esperaban, lo hubiera visto, creería que era una ilusión óptica o avisaría a las autoridades de la presencia de un «OVNI».

La «Luz» terminó por posarse sobre el campo de golf. Luego, la luminiscencia se fue apagando.

Edmund Varzy, alias Veedax, llevando un maletín en la mano, se movió, seguido de Henri Luys, que llevaba en brazos a la pequeña Nanette. Detrás iba Claire con Marcel y George de las manos.

Les siguieron Alan Fruyberg y Sonia Desmond, aturdidos por la increíble verdad, sin saber si les sería posible informar a sus superiores, dado que no podían ni siquiera escapar.

De un modo vago y confuso, Alan recordaba la entrevista que sostuvieron él y Sonia con Veedax, la semana anterior. Se sorprendieron mucho al saber que les conocían más de lo que habían supuesto.

—No nos importa. También tenemos un lugar para vosotros dos. Y no quiero saber si os habéis casado o no. Donde vamos no se mira eso. Si acaso, lo haréis vosotros.

»No podéis actuar por vuestra cuenta. .Ahora estáis sometidos por medio de un fluido magnético muy superior al del doctor Luys, y vuestras mentes son páginas de un libro abierto en el que puedo leer con facilidad.

«Esto durará mientras estemos aquí. En cuanto emprendamos la

marcha, concluida mi misión, os liberaré de esa cautividad impuesta por la seguridad colectiva de cuantos se albergan aquí.

Alan Fruyberg fue como un autómata todos aquellos días. Apenas si saludó a Henri Luys, cuando éste llegó con su familia. Casi le trató como a un desconocido.

Y de un modo análogo acogió Claire Luys a Barry Trent, el cual quedó decepcionado al escuchar de labios de ella:

—Lo siento, Barry. Obedecía una consigna al tolerar tus frivolidades. Debiste comprender que jamás sería infiel a Henri. Te necesitábamos para dirigir la «Transmonde». Posees una gran inteligencia, que deseamos aprovechar en beneficio de todos. Pero habrás de hacer algunos sacrificios.

Barry estaba resentido contra Claire. Se sentía como un niño mal criado al que niegan uno de sus caprichos. También «Lorette» le resultó esquiva y no estaba con ánimo para buscarse otro flirteo entre las cien chicas de la colonia. Quería saber de una vez en qué iba a terminar aquello.

Ahora lo sabía y estaba hondamente impresionado.

La fila de hombres y mujeres avanzó hacia una compuerta que se había abierto en el fuselaje de la nave, y de la que salía una intensa luz blanca. No había nadie a la vista. Veedax se situó a la entrada, que era una rampa metálica de superficie móvil, áspera y brillante. Desde allí, con la fuerza de su mente, transmitió un mensaje telepático a todos los reunidos:

—Iréis subiendo a bordo y ocupando, por parejas, los compartimientos del pasillo helicoidal, cuyas puertas están numeradas del uno al cien. Dentro hallaréis dos literas y un armario con provisiones adecuadas. No necesitaréis nada más. Todo ha sido calculado.

»Ya podéis ir entrando.

En voz alta, Veedax dijo a Henri:

—Entra tú también y ocupa las dos primeras cabinas, que se comunican por una puerta interior. Es para que podáis atender a los niños. Ha sido preparada especialmente.

—Gracias, Veedax. Eres muy considerado.

Henri y su familia entraron en aquel deslumbrador pasillo de paredes blancas. Efectivamente, los compartimientos uno y dos, como pudieron comprobar, se comunicaban por una puerta que se descorría silenciosamente con sólo pulsar un botón.

La cabina número tres la ocuparon, en silencio, Alan y Sonia; la cuatro correspondió a Barry y Helen; la cinco fue ocupada por una pareja de rubios alemanes, y así, sucesivamente, fueron siendo

ocupadas todas aquellas pequeñas cabinas, hasta que entró la última pareja, que estaba compuesta por Paul Mizzan y su esposa, una joven norteamericana y gran profesional de la pintura y el dibujo, llamada Katry Owens, y que no quería llevar el nombre de Mizzan para no perjudicarse en su carrera artística.

Una vez todos a bordo, Veedax accionó unos resortes, junto a la entrada de la nave, haciendo que la compuerta exterior se cerrase y se pusieran en funcionamiento los renovadores de aire artificial.

La nave, como luego supieron los expedicionarios, había llegado a la Tierra dirigida por control remoto. Veedax sólo actuó cuando entró en la atmósfera terrestre, para guiarla a su destino por radio.

Ahora, sin que nadie tocase un mando, la nave se alzaría del suelo, remontándose silenciosamente, hasta emprender el regreso a su planeta de origen. Nadie debía preocuparse de nada. Ni siquiera Veedax, cuyas órdenes mentales fueron:

—Permaneced todos en vuestras cabinas. El viaje no durará más que seis días. El que quiera caminar, sin embargo, puede hacerlo por el interior del pasillo. Cada uno debe recordar su número de cabina.

— ¡Nos está hablando por telepatía! —exclamó Alan Fruyberg, mirando a Sonia que se había sentado en la blanda litera.

—Sí. Capto perfectamente su voz como si me habíase al oído.

— ¡Pero no habla ningún idioma! —añadió Alan—. Cada uno de nosotros lo entiende en su propia lengua.

— ¿Dónde nos llevan?

—A otro planeta, por supuesto. Pero, por lejos que vayamos, siempre encontraremos el modo de volver.

— ¿Volver, Alan?

—Veedax pertenece a otra raza. Hemos sido secuestrados para servir de cobayas.

— ¡No, Alan; él dijo otra cosa! ¡No puedes desconfiar!

— ¡Claro que desconfío! ¡Nos han tenido dominados hasta este momento; sé que no éramos nosotros los que actuábamos y todo nos ha sido ordenado hipnóticamente!

Al terminar de decir esto, Alan se acercó a la puerta y presionó el pulsador electrónico. Pero la entrada no se abrió.

— ¡Estamos encerrados! —exclamó.

Sonia, que trataba de mostrarse tranquila, declaró:

—Tómatelo con calma, Alan. Saben perfectamente quiénes somos y no les importa. Eso es significativo. Han estado jugando con nosotros como si fuéramos muñecos.

— ¡Eso duele!

—A mí, no. Creo que esto es más importante de lo que pensaba el

comisario Marten. Formamos parte de una expedición clandestina que emprende viaje a otro planeta, dirigido por un hombre que, a pesar de su agradable aspecto, no es de nuestra raza. Esos poderes tan extraordinarios no los poseemos nosotros.

«Ignoramos, sin embargo, si el doctor Luys es cómplice o colabora con ese sujeto en las mismas circunstancias que nosotros.

—Tu juicio es atinado, preciosa —repuso Alan, todavía tratando de abrir la puerta de entrada—. Que yo sepa, no hay más viajes interplanetarios que los organizados por el gobierno. Y lo extraño de todo este asunto es la vinculación que existe con la expedición «Tierra XX» que se llevó a cabo hace algunos años.

—Lo recuerdo —dijo Sonia.

—El «sportman» Ugo Sganarelle era prometido de la actual señora Luys, por entonces secretaria del Departamento Interplanetario. A eso quería ir a parar. Según el comisario Marten, alguien vino con o después de la expedición al planeta rojo. Ese Veedax pudo ser el que mató al doctor Charles D'Auriac... ¡Oh!

Alan había retrocedido de pronto, al abrirse la puerta inesperadamente. Ante ellos estaba un sonriente Veedax, vestido con sus ropas deportivas y ligeras, como en el momento de embarcar.

— ¿Puedo entrar? —preguntó el presunto Edmund Varzy.

— ¿Quién se lo puede impedir?

—Nadie, por supuesto.

Veedax entró. La puerta se cerró tras él. Miró primero a Alan y luego a Sonia.

—Quiero que seamos amigos porque las circunstancias así lo exigen. Hemos abandonado la Tierra y no regresaremos jamás a ella, a menos que surja la necesidad de volver. Todo es posible. Ni siquiera nosotros conocemos el futuro. Siéntate, Alan Fruyberg. Es mejor llamarnos por nuestros verdaderos nombres y dejarnos de subterfugios y rodeos.

»El doctor Luys quería hablar con vosotros. Yo le he disuadido. Creo que a mí me comprenderéis mejor. Nosotros utilizamos el lenguaje para expresarnos, pero también nos comunicamos por medio de impulsos telepáticos o mentales.

»En Becra, hube de someter vuestras mentes. Era necesario, porque nuestras actividades habían despertado la curiosidad oficial. Una intervención de la fuerza pública o el ejército podría haber estropeado grandes e importantes proyectos.

—Sé que nos hemos metido en la boca del lobo —dijo Alan—. Pero cumplíamos un deber.

—Muy justo —admitió Veedax—. Yo lo comprendo muy bien.

Habéis venido voluntariamente. Necesitábamos gente joven y culta. No podíamos rechazaros.

«Ahora podemos hablar con claridad. Lo que no entendáis, os lo transmitiré mentalmente. Estáis libres de mi dominio hipnótico, aunque nunca estuvisteis dominados por el doctor Luys, a quien aprecio y estimo por su enorme valía.

»Él será vuestro jefe y director a partir de ahora. Él se entrevistará con el Supremo Regente y recibirá las órdenes e investidura como vuestro representante.

—No entiendo. ¿Dónde vamos? ¿Qué se espera de nosotros? ¿Por qué han actuado así? ¿Qué hay al término de este viaje?

Veedax esbozó una sonrisa.

—Vamos a lo que vosotros llamáis el planeta Marte, que es nuestro mundo y donde mi raza ha vivido durante cientos de miles de años, hasta llegar a la senectud racial, porque todo nace y todo muere. Y la raza de Argho no es una excepción.

«Nosotros poseemos una cultura ***y*** una civilización superior a la vuestra, distinta. Nuestro mundo fue, en su época de esplendor, muy poblado, verdiazul, cubierto de lagos y mares, por donde navegaban las embarcaciones, llevando mercancías de una región a otra.

»De aquello hace siglos ya. La ecología y la depauperación nos fue contaminando. La atmósfera se enrareció, el agua se secó, hubo cambios geológicos y, poco a poco, fuimos muriendo.

»Fue preciso buscar refugio en el subsuelo. Trasladar nuestras ciudades bajo la tierra, para poder conservar la atmósfera. Embalsamos y atesoramos el agua. Se impuso un control demográfico para evitar el crecimiento y… Bueno, una causa trajo otro efecto. Poco a poco, fuimos perdiendo impulso vital. Después vino la recesión, el agotamiento y la incapacidad reproductora.

«Cuando ahora, muy de tarde en tarde, nace una criatura, se considera un acontecimiento extraordinario. Pero, por desgracia, no sobreviven al ambiente en que nos encontramos y fallecen en poco tiempo.

«Estamos agotándonos. No somos más que un par de miles de seres sin ánimo de progreso. Estamos condenados.

Alan y Sonia escuchaban con sumo interés.

—Cuando vuestra expedición llegó a Argho, nuestro propósito era impedir por todos los medios que entraseis en contacto con nosotros. Eso podíamos lograrlo fácilmente. Los accesos a nuestras ciudades subterráneas no son puertas señalizadas. Podíamos permitiros incluso instalar vuestras bases en la superficie y dejar que exploraseis todo cuanto quisierais. Pasarían siglos antes de descubrir nuestros refugios.

»No obstante, el Consejo del Supremo Regente temió vuestra audacia. Alguien sugirió que Argho podía ser utilizado por vosotros para experiencias atómicas. Por esa razón me eligieron para ir a la Tierra y tratar de impedir nuevas exploraciones a nuestro planeta.

«Realicé mi trabajo, no sin dificultad, y trabé relación con el doctor Henri Luys y otros. Luego, volví a Argho. Pero la situación había cambiado. El Supremo Regente meditó largo tiempo y modificó su criterio.

«Entonces, me llamó y me dijo:

* * *

El Supremo Regente de Argho vivía en el interior de una extraña campana transparente, al fondo de una especie de gruta natural, que iluminaba un disco llamado de «sol artificial». Allí conservaba el aire adecuado para su delicado organismo; allí se alimentaba racionalmente, utilizando pesos electrónicos para controlar los minerales que requería su cuerpo de pequeñas extremidades y abultado cráneo, donde resaltaban dos enormes ojos y una boca diminuta.

Siempre sentado en su butaca, apoyada la cabeza en el respaldo cóncavo, aquel ser meditaba sus desventuras, evocaba el pasado y reflexionaba sobre el destino futuro de su raza condenada.

Siuxo, como se llamaba aquel individuo, llevaba allí más de cien años y contaba vivir otros veinte o treinta más. Pasaba largas jornadas sin moverse de la misma postura.

Los consejeros iban a verle con frecuencia y se situaban en los cojines que habían en torno a su campana transparente y de aire continuamente renovado. Fuera, en la gruta de Tabal, el aire no era tan puro. Pero los consejeros, aun a precio de acortar sus vidas, lo respiraban. Fuera de la gruta, en las galerías iluminadas de aquel mundo semidesierto, la escasa gente se resignaba con su destino decadente.

Veedax había acudido a la llamada mental de Siuxo. Penetró en la sagrada gruta de Tahal, avanzó hacia la iluminada y silenciosa campana del Supremo Regente, y se sentó sobre uno de los almohadones de tela metálica y elástica.

—He pensado, Veedax —habló Siuxo con el poder de su mente—. Los terrestres son cada día más numerosos. Su ciencia avanza. Construirán naves más potentes.

—Sí, Siuxo —repuso Veedax gravemente.

Este joven y valiente personaje «argho» era, en su aspecto natural, un sujeto de cráneo abultado, cuerpo pequeño, brazos y piernas

cortos, y se vestía con un ropaje de difícil definición, que más servía para proteger su débil organismo que para cubrir su piel olivácea, casi negra.

—Nosotros hemos estudiado a los terrestres. Son como pudimos ser nosotros hace millones de años. Ese germen vital del cosmos crea la vida allí donde las condiciones ambientales lo requiere.

—Cierto, Siuxo —admitió Veedax.

—Y he pensado que nosotros no podemos temer a nadie. Hemos de abandonar nuestro orgullo de moribundos y ser realistas. Tú has tratado de impedir que sus naves primitivas lleguen hasta Argho. Eres audaz y te has ido con ellos, logrando demorar sus proyectos.

»Pero debemos rechazar el temor. Nosotros estamos concluyendo y ellos empiezan. Creo que sería mejor legarles toda nuestra sabiduría y que sus manos sean las que cierren nuestros ojos cuando nos llegue la hora del final.

—Tu sabiduría es indiscutible, Siuxo.

—No me halagues, Veedax. He recapacitado. Si ellos vienen y utilizan nuestro moribundo planeta para sus experiencias nucleares, destruirán por ignorancia las reliquias de nuestros antepasados. Tú sabes que tenemos ciudades y templos cerrados bajo toda la superficie del planeta, que jamás se abrirán por nuestros impulsos activos.

»Todo puede perderse, Veedax. Aunque tú vivas cien años más, al final sucumbirás también y ya no tendrás descendencia. No sirvió de nada trazar de mezclar nuestra raza con los cautivos que trajimos de la Tierra. Sólo nos fueron útiles para conocer que en su vitalidad hay pujanza y continuo desarrollo evolutivo. Ellos están creciendo y nosotros acabando.

»Por eso quiero que vuelvas allí, Veedax, y elijas un grupo de hombres y mujeres jóvenes, para que vengan a estudiar en Argho, se reproduzcan aquí y estudien nuestros conocimientos, a fin de que no se pierda nuestra cultura y nuestra herencia sagrada.

«Nosotros no haremos una raza nueva. Ya existe. Solo les enseñaremos quiénes somos, lo que fuimos y lo que, si siguen nuestros pasos, pueden llegar a ser.

«Abriremos nuestras escuelas cerradas. Crearemos condiciones ambientales adecuadas para ellos. Sabrán todo lo que sabemos nosotros sobre química, física, electrónica, matemáticas, geometría, etc. Y aquí vivirán sus hijos, multiplicándose y creciendo según nuestro deseo. Luego, ellos cuidarán de establecer el contacto con su propia raza y decir quiénes fuimos y lo que les hemos legado.

»Para ellos significará un importantísimo impulso, gracias a lo cual cambiarán sus sistemas sociales y entrarán, definitivamente, en el

camino del progreso y la justicia.

»Ve a buscar cien parejas jóvenes y ponlas al cuidado de un hombre honrado y justo, que recibirá instrucciones de mí.

—Sí, Siuxo. Así lo haré —dijo Veedax.

CAPÍTULO IV

Claire Luys, teniendo en brazos a la pequeña Nanette, expresó sus alentadoras ideas ante un Veedax con expresión perpleja y un sorprendido Henri Luys.

— ¿Por qué hemos de ocultarnos en el subsuelo? Hay varios sabios en la Tierra, entre los que puedo citar al ex biólogo David Adderley, que han demostrado la riqueza del suelo lunar y marciano. Se han verificado experiencias y el resultado ha sido sorprendente. Cualquier tipo de planta se desarrolla más rápidamente en tierras exóticas que en nuestro propio suelo.

»Dice Adderley que el campo terrestre está «cansado» de tanto producir. El suelo se agota con los continuos cultivos. Es preciso dejarle recuperarse, cosa que no ocurre.

»En cambio, en las muestras de tierra traídas de Marte por la expedición «Tierra-XX», se ha comprobado la feracidad de la materia orgánica reproductora.

»Ése debería ser nuestro principio. Crear invernaderos en el exterior. La atmósfera que creen y purifiquen los árboles y plantas no tiene por qué huir al exterior, debido a la atracción gravitacional.

»Poco a poco, iríamos agrandando esos invernaderos, hasta repoblar todo el planeta. Construiríamos pueblos y ciudades al aire libre bajo el sol. Con los procedimientos modernos, se puede obtener agua del subsuelo. Crearíamos grandes embalses en la superficie, habría un clima meteorológico…

— ¿Y quieres que doscientas personas hagan ese milagro, Claire? —preguntó Henri, sonriente.

— ¿Quién nos impide traer varios millones de seres de la Tierra, Henri? —replicó ella en tono vehemente.

—Despacio, Claire —medió Veedax—. Comprendo tu excelente idea. Pero no es la misma de Siuxo.

— ¿Qué espera de nosotros? —preguntó Claire.

—Todo. Pero antes hay que aprender a respetar la herencia «argha». Creéis ser fuertes y lograrlo todo. Nada os detiene en vuestra inmensa audacia. Y eso no basta.

»Pronto veréis que nuestra cultura técnica es un tesoro inapreciable. Vais a disponer de ciudades inmensas, bajo el suelo, donde tendréis cubiertas vuestras necesidades. ¿No es importante?

»Lo que tú propugnas es como volver a la prehistoria, a la naturaleza salvaje, a los peligros de la selva. Nosotros hemos dominado todo eso, rechazado la inquietud y el temor, para buscar la seguridad y la comodidad.

» ¿Cómo creéis que es Argho? ¿Galerías sombrías y tétricas, donde nos arrastramos como larvas? ¡Ah, nada de eso! La más moderna de vuestras ciudades no puede ser comparada con nuestro mundo. No nos falta nada. Hemos construido máquinas impresionantes que lo hacen todo, aliviándonos del trabajo. Todo está automatizado, dirigido a distancia mediante controles electrónicos.

«Nuestra actividad es únicamente pensante, porque nos hemos liberado del esfuerzo. Desarrollamos el intelecto y la metapsiquis. Lo demás es pura mecánica.

« ¿Qué haríamos nosotros en un jardín, respirando aire aromático o contaminado de efluvios vegetales, si carecemos de olfato?

«Eso que expones, Claire, no es el camino del progreso. En Argho no se hace nada que de inmediato no beneficie a toda la comunidad. No somos un puñado de seres agonizantes, sino restos de una raza civilizada, cuyo nivel técnico y cultural aventaja muchísimo al país más avanzado de la Tierra.

«Vosotros debéis empezar a pensar colectivamente, no sólo en los que ahora estáis aquí, sino en los que vendrán. Esa niña será una mujer el día de mañana. Ha de haber un sitio para ella en vuestra sociedad, puesto que ha nacido y tiene los mismos derechos que los nacidos anteriormente. Despojar a unos de lo que posean para dárselo a los otros, tampoco es justo.

«En Argho todo está planificado. Y vosotros habréis de hacer lo mismo. Pero antes debéis saber con lo que contáis. En el momento mismo de la llegada se os asignará un lugar de concentración, que será una parte cerrada del Argho subterráneo.

«Siuxo ya lo ha tenido en cuenta todo. Tendréis atmósfera adecuada, agua, alimentos, ropa, y trabajo para todos. En principio, será estudio; luego, aplicación. Pero utilizaréis nuestros conocimientos.

Henri Luys observó reflexivamente:

—Alguien puede pensar que nos necesitáis para mejorar vuestras condiciones de vida… Que somos algo así como esclavos, traídos de un planeta a otro, para realizar un trabajo que vosotros no podéis efectuar.

—Es absurdo pensar eso, Henri. En la Tierra, ese pensamiento es lícito; no aquí.

— ¿Y no se nos considerará seres inferiores?

—Sí, porque lo sois. Somos distintos. Vosotros sois niños; nosotros, adultos, ancianos, moribundos. —Veedax se puso en pie y acarició la cabecita de Nanette—. ¿Eres tú igual que tu hija, Claire?

—No, por supuesto.

* * *

Si los ocupantes de la nave espacial marciana hubieran podido ver lo que estaba ocurriendo en el exterior, se habrían quedado sobrecogidos ante la grandiosidad del paisaje agreste que les rodeaba, entre inhiestos picos, que rebasaron a escasa velocidad, para luego descender hacia el centro de un profundo cráter.

Allí, la naturaleza había actuado durante millones de siglos, tratando de modificar el paisaje, sin conseguirlo. Aquellas rocas eran duras como el acero. Se habían solidificado en los orígenes de Marte, adquiriendo el siniestro aspecto que ahora teman, sin que ningún agente natural pudiera cambiarlas.

En cambio, en el centro profundo del cráter, las máquinas de Argho cambiaron la forma primitiva, perforando una amplia galería, que ahora estaba cubierta por compuertas metálicas, hábilmente disimuladas, y que sólo se abrían accionadas por potentes máquinas.

Sin embargo, cualquier explorador extraño que se hubiese molestado en reconocer el fondo de aquel cráter, no habría conseguido descubrir ni el más insignificante resquicio o huella externa de los trabajos realizados allí.

Sin embargo, cuando la nave luminosa se posó sobre una especie de plataforma irregular, en el fondo del cráter, las compuertas empezaron a deslizarse, permitiendo ver la entrada a un fantástico hangar, con rampas móviles capaces de transportar naves espaciales de varios miles de toneladas.

Una vez abierta la compuerta, la nave se deslizó suavemente sobre el terreno y penetró en una de las rampas, deslizándose hacia el interior del inmenso hangar, donde estaban alineadas varios miles de astronaves semejantes a la que transportaba la expedición terrestre.

Ni un ser se movía en aquellos inmensos hangares. No había nadie a la vista. Todo estaba accionado automáticamente.

Siempre sobre su rampa móvil, la nave llegó hasta otra nave interior, donde existía algo que, en cierto modo, podía ser considerado una estación de extraños autobuses subterráneos, de forma cilíndrica, y que estaban descansando en canales semicirculares que se perdían dentro de tubos metálicos, del tamaño exacto de los vehículos.

La nave se detuvo allí. Al cabo de unos minutos, su escotilla se abrió. A un lado se encontraba Veedax, rodeado de un grupo de jóvenes terrestres, que miraban hacia el exterior con curiosidad.

—Ésta es una de las entradas de Argho —dijo Veedax telementalmente—. Y esos cilindros son como un ferrocarril magnético, que se desliza a gran velocidad, desde un punto a otro, bajo el terreno. El material de esos tubos es de un metal

indestructible, que ni siquiera los terremotos pueden agrietar.

Barry Trent y algunos otros osaron descender de la nave, mirando con curiosidad a todas partes. Las paredes eran metálicas y brillantes. Los techos, muy altos, con potentes luces empotradas, de una construcción impresionante.

Henri Luys no pudo por menos que decir:

—Es asombroso. ¿Cómo han construido todo esto?

—Se hizo hace siglos y no se ha alterado. He visto la filmación histórica de estas construcciones. Vosotros podréis verlas también. Todo lo hicieron robots, dirigidos por control remoto.

— ¿Robots? —preguntó Alan Fruyberg, que estaba junto a ellos.

—Sí, máquinas especializadas en la construcción subterránea. Cada una de ellas realizaba un trabajo. Se construyeron miles de esas máquinas, que todavía deben estar almacenadas, esperando que se las necesite.

«Veréis cosas más increíbles aún. Los trenes están dispuestos. Hay capacidad para diez personas en cada uno, de modo que podéis ir subiendo a ellos. Cuando estén completos, se cierran las puertas y se ponen en marcha, primero lentamente y luego, ya dentro de los túneles magnéticos, a gran velocidad.

Los pasajeros de la nave desembarcaron con cierto temor. Veedax los acompañó hasta el primer vehículo, contándolos al subir.

—Sentaos cómodamente. No os extrañen los asientos. Son de vuestra anatomía. Se han fabricado especialmente para vosotros... ¿Listos? ¡Vosotros en el siguiente vagón!

El primer vehículo cerró sus puertas. Inmediatamente, se deslizó sin ruido sobre su canal semiesférico; luego, desapareció en el túnel.

Henri Luys, Claire, Alan y Sonia subieron al tercer coche, que era como el compartimiento de un autobús, sin ventanillas, muy iluminado y con sillones cómodos y nuevos, amplios y confortables. Vieron también una puerta, en la parte central trasera, que comunicaba con un lavabo de flamante construcción, y en el que no faltaba ni siquiera un detalle que los terrestres pudieran necesitar. Henri se asombraría de todo ello, porque dedujo que se construyó por si alguno de los pasajeros podía necesitar aquel servicio, ¡sólo para diez minutos, poco más o menos, que duró el viaje!

Efectivamente, no habían hecho más que sentarse y cambiar impresiones sobre la técnica de cuanto veían bajo la intensa iluminación, cuando el viaje terminó. Se abrió la compuerta deslizante y pudieron ver algo increíble en el exterior.

Ante sus ojos se extendía una pequeña ciudad, con casitas de una sola planta, rodeadas de árboles y jardines, que en nada tenían que

envidiar a las mejores urbanizaciones terrestres. La iluminación era allí auténticamente solar. Mirar al cielo resultaba algo extraordinario, porque el techo de la bóveda no podía verse, como si se tratase de un cielo infinito, donde un astro radiante se deslizaba lentamente, durante doce horas de curso, saliendo por un extremo de la bóveda y poniéndose por el otro.

Después sabrían que se tuvo en cuenta el día y la noche. Y para la noche, había pequeñas y artísticas farolas en las aceras de las calles asfaltadas.

— ¿Qué significa esto? —preguntó Alan Fryberg, atónito.

Veedax, sonriendo, se les acercó, procedente de otro de los vagones.

— ¿Qué os parece lo que ha hecho nuestra técnica en pocos meses? Le hemos puesto el nombre de Tierra y se ha imitado vuestro ambiente en todo. Las plantas son naturales, los árboles dan fruto...

— ¡Esto es ilusión! —exclamó Claire.

—Nada de eso. Teníamos árboles que han sido trasplantados... Aquellos edificio altos, del fondo, son los centros de estudio. Cada pareja habitará una de esas casitas... Vamos, ¿qué esperáis? Que cada uno elija la suya.

Alan y Sonia se dirigieron hacia la primera mansión. Parecía construida de ladrillos blancos, semejantes al mármol. Las puertas, de madera y hierro, con cristales y visillos de encaje. El piso era de imitación madera. Primero había un vestíbulo, bien amueblado, que comunicaba con un salón de estar, y las dependencias auxiliares. Detrás había hasta cuatro dormitorios, con armarios llenos de ropas.

En la cocina encontraron utensilios, viandas, vituallas y un acondicionador alimentario electrónico, cuyo funcionamiento desconocían, pero que les fue explicado después por Veedax, y del que podían extraer todo cuanto necesitaran, pero de origen artificial.

Baños, aseo, saneamiento; cómodas butacas, cuadros con preciosas fotografías en colores de paisajes terrestres, alfombras de bellos colores y, rodeando las casitas, parterres con flores que podían ser regadas.

— ¿No es maravilloso, Alan? —preguntó Sonia, después de ver todo aquello, asomándose a una ventana que daba a la casa inmediata y que había sido ocupada por Henri y Claire.

—Desde luego, parece que estemos en una moderna colonia de veraneantes. Da pena tocar todo esto, por si se estropea.

—Todo es muy sólido, Alan.

—Pero no he visto ningún teléfono para llamar a Jacques Marten.

— ¡La Tierra queda muy lejos de aquí ahora, Alan!

— ¿Estás segura? —preguntó él enigmáticamente—. Según mis cálculos, lo mismo podemos estar en una galería sublunar que en Marte o en Sirio... ¡Ni siquiera estoy seguro de haber salido de la Tierra!

— ¿Dudas de que...?

— ¿Y si somos objeto de una farsa? De lo que sí estoy seguro es de qué trataré de averiguar dónde me encuentro. Y sólo podré hacerlo buscando la salida.

—La nave en la que hemos viajado no es de construcción terrestre, Alan.

—Eso parece. Pero no imposible de fabricar en alguna factoría secreta de Estados Unidos o la Unión Soviética. Ir desde el Sahara a Siberia, por ejemplo, dando un paseo para entretenerse, puede ser fácil para el invisible piloto.

Sonia se encogió de hombros y, señalando por la ventana, dijo:

—Ahí tienes a Veedax, hablando con el doctor

Luys. ¿Por qué no vas a preguntarle si estamos en la Tierra o en Marte?

Efectivamente, Veedax, llevando de la mano a Marcel, el hijo mayor de Henri Luys, se encontraba ante la puerta de la casita elegida por el psiquiatra.

Alan, sin pensarlo dos veces, salió al exterior y cruzó el parterre, acercándose a ellos.

— ¿Qué te ha parecido, Alan Fruyberg? —preguntó Veedax—. ¿Os gusta?

—No es un palacio, pero lo suficientemente amplia como para albergar a una familia de seis u ocho miembros. ¿Y el teléfono?

—Estás obsesionado por tu manía de llamar al comisario Marten —contestó Veedax—. Olvídalo, por ahora. No puede oírte.

—Es una lástima. Me habría gustado decirle que hemos llegado bien y que no se apure por nosotros. Tengo mujer y tendré hijos.

—Mucho más, Alan —añadió Veedax—. Y el privilegio de haber iniciado el contacto con un mundo extraño.

—Poco de extraño veo aquí. Todo resulta muy familiar.

—Hay más cosas que ver en todas direcciones. Esto es la colonia de aclimatación. Aquí se ha reproducido un ambiente familiar y cómodo. Todo es agradable. ¿Verdad, Marcel?

—Oh, sí, señor Varzy —replicó el chiquillo—. Pero no he visto niños con quienes jugar.

—Ya vendrán, Marcel. Hay preparado un hospital, en aquellos edificios de estudios, para atender a los pequeños que lleguen. Lo peor es que aún tardarán algún tiempo, si es que estos jóvenes se deciden a

perpetuarse, cosa que dudo, a juzgar por Alan Fruyberg.

—No ironices, Veedax —replicó Alan—. No se puede esperar mucha colaboración de mí.

—Cambiarás.

—O me meteré en uno de esos túneles y regresaré donde está la nave espacial.

—Nadie te lo impide. Caminarías muchos días dentro del túnel, antes de llegar a alguna parte. Y sería sorprendente que descubrieras una factoría de alimentación o destilación de aguas residuales. Nadie sabe dónde llevan esos túneles. Todo el subsuelo del planeta está plagado de ellos.

»Para viajar hay que programarlo previamente. Aquí no se hace nada sin motivo. Todo está previsto. Henri y yo viajaremos mañana a Tahal, donde se encuentra el Supremo Regente. Está programado. Tomaremos un vehículo y...

— ¿Quién da las órdenes aquí?

—Siuxo, el Supremo Regente.

— ¿Y si yo quisiera hablar con él?

— ¿Para qué?

—Puedo desear pedirle que me devuelva a París. Puesto que mis planes han sido descubiertos, me debo al Gobierno Federal Europeo. Hasta ahora, no he sido libre de mis actos.

Henri Luys intervino.

—Conocemos tus intenciones desde el primer momento en que llegaste a mí, Alan. Lamento haberte burlado un poco. En verdad, debí disuadir al comisario Marten. Pero necesitábamos hombres como tú en esta experiencia.

—Somos conejillos de Indias, verdad, doctor Luys?

—No. Es una aventura maravillosa. No te opongas, Alan. Quédate de buen grado. Aprende a conocer lo que hay aquí; luego hablaremos. Yo sé que Veedax no nos ha mentido.

— ¿Y usted por qué no se quita ese disfraz de hombre, Veedax? Creo que su auténtico aspecto es repulsivo,

—No hagas comparaciones, Alan Fruyberg. A la hormiga, el sapo puede parecerle monstruoso. Es cuestión de conciencias. Nuestro abultado cráneo y diminuto cuerpo no tiene que pareceros ridículo, puesto que yo me considero superior intelectualmente a vosotros. Lo físico todo es mutable... ¡Lo importante es lo espiritual, lo psíquico, y en ese aspecto no saldrás defraudado cuando nos conozcas bien!

CAPÍTULO V

—Siuxo quiere verte a ti también, Alan Fruyberg —dijo Veedax, una noche, a la semana de estar en Tierra-Park, como habían llamado a la urbanización donde se alojaban los terrestres.

En un club o edificio central, se encontraban reunidas una veintena de personas en torno al doctor Luys.

La llegada de Veedax, todavía con su aspecto terrícola, fue inesperada.

— ¿A mí? —se sorprendió Alan.

—Sí. Iremos tú, Henri Luys y yo.

Entre los reunidos se despertó la curiosidad. Paul Mizzan preguntó:

— ¿Dónde está el Supremo Regente?

—En una gruta sagrada, donde se supone que se refugiaron nuestros antepasados durante un largo período glacial. Se llama la gruta de Tahal.

— ¿Y para qué desea verme a mí? —insistió Alan.

—Lo ignoro. Tal vez quiera devolverte a la Tierra.

— ¿De veras?

—Está informado de tus actividades. Desde luego, si te concede el regreso, borrará de tu mente todo cuanto has visto aquí.

— ¿Cuándo hemos de ir? —inquirió, a su vez, Henri.

—Ahora mismo. Tenemos un vehículo esperando.

—Pues vamos allá.

Mizzan, Barry y otros estrecharon la mano a los dos hombres. Luego, abandonaron el club, dirigiéndose por una de las calles centrales hacia donde estaba situada la terminal de la vía submarciana.

— ¿Estaremos mucho tiempo ausentes? —quiso saber Henri.

—No —replicó Veedax—. Es puro formulismo. Siuxo ya sabe de vosotros tanto como de mí. Sólo quiere daros algunos consejos y dialogar personalmente con vosotros.

»Será aleccionador que sepáis cuál es nuestro verdadero aspecto físico. Hasta ahora, no nos conocemos bien unos a otros.

— ¿Habla Siuxo nuestra lengua? —preguntó Alan.

—Sí, por supuesto —contestó Veedax.

Llegaron a la estación, donde había un vehículo esperándoles. Subieron a él y se sentaron cerca, mientras la puerta se cerraba y el vehículo se ponía en movimiento.

Dentro, a pesar de la gran velocidad que se desarrolló en pocos minutos, no se percibía la más mínima vibración ni sonido.

Los tres personajes hablaron de cosas intrascendentes hasta que el

vehículo se detuvo. Antes de salir, Veedax observó:

—Vais a ver una de nuestras ciudades más importantes. No os asombréis de nada. El aire está aquí un poco enrarecido, pero no os perjudicará. Si notáis alguna jaqueca, os daré unas píldoras que llevo para el caso.

La puerta se descorrió.

Fuera reinaba un ambiente extraño. Bajo una luz rojiza, pudieron ver una gran estación, con numerosas vías, entre las que discurrían cadenas móviles para el transporte de los habitantes de Argho, aunque no pudieron ver a nadie.

Estas cadenas eran pisos deslizantes, como cintas sin fin, donde había pequeños asientos con respaldo elevado.

Se sentaron en uno de aquellos asientos y fueron viendo el amplio túnel, que se iba ensanchando por momentos y apareciendo las primeras columnas metálicas, cuya altura se perdía de vista en el invisible techo.

—Estamos entrando en la población de Tahal, ahora desierta. Es muy antigua… Esos agujeros hexagonales son las puertas. Se cierran como los diafragmas de vuestras cámaras fotográficas. Por dentro son nichos o agujeros practicados en todos sentidos. Todavía contienen los objetos y pertenencias de sus moradores.

— ¡Es asombroso! ¡Todo es igual!

—Cierto. La monotonía arquitectónica es la consecuencia de nuestra justicia social. Todos igual en cuanto a vivienda. Sin embargo, esos agujeros albergaron a seres intelectualmente distintos. Ahí vivieron auténticos sabios.

»Ahí moraban con sus familias. Salían para alimentarse en los comedores públicos, para ir a los laboratorios y puestos de trabajo. Regresaban después a descansar, a meditar o a conversar con sus parientes.

Era una población inmensa, que se bifurcaba en todos sentidos. Había muchas calles que se cruzaban. Todas las cadenas de transporte, excepto la que ellos utilizaban, estaban paradas.

Alan trató de imaginar aquella urbe subterránea en su época de esplendor, cuando todos sus habitantes estuvieran moviéndose de un lugar a otro, sentados en las cadenas móviles.

—Debió ser un centro importante. ¿Cuándo se abandonó esto? —dijo Henri Luys.

—Casi al mismo tiempo en que desaparecía vuestro Imperio Romano —contestó Veedax—. Pero tenemos ciudades habitadas… Aquello era el museo de Ciencias Naturales. Allí podréis ver cuerpos hibernados de coterráneos vuestros, traído aquí por nuestras naves de

exploración hace siglos.

»En el Centro de Investigaciones de Baerm, los biólogos poseen especies vivas de toda clase de animales. Habían también seres humanos, pero murieron.

Henri sintió despertarse el horror en su ser.

— ¿Fuisteis a la Tierra en busca de seres para experimentación?

—Sí. En aquellos tiempos necesitábamos investigar vuestros medios de reproducción. Aún teníamos esperanza de salvación. Se trajeron varios miles de individuos, de diferentes razas. Siento decir que se les trató como a especies inferiores. Existía entonces una acusada diferencia psíquica entre nosotros.

— ¡Eso debemos considerarlo como un crimen! —exclamó Alan.

—Yo no vivía entonces. La mentalidad de Argho era distinta. Y lo ha seguido siendo hasta hace muy poco.

El trayecto terminó al otro lado de la ciudad submarciana. En aquel punto, descendieron de la cadena de transporte para caminar por un terreno ligeramente en declive, de suelos y paredes rugosas y duras.

La iluminación era allí más escasa.

—Estamos penetrando en la gruta de Tahal. Creo que esto fue un volcán en otros tiempos, cuyas paredes se solidificaron con metales fundidos. Se empleó una técnica antigua, que consistía en llenar todo esto con metal fundido e inyectarle un gas muy caliente en movimiento. Así se formaba una capa en el techo, paredes y suelo, que en algunos lugares es de varios metros de espesor.

«Entonces, este planeta era muy castigado por los seísmos. Debió costar mucho trabajo entrelazar el subsuelo y unir todo el planeta con la red de túneles que ahora lo surcan, formando una trama de gran solidez y dureza.

»Los túneles magnéticos son muestra de la última técnica. Esta galería es mucho más antigua. Entre una época y otra debieron de transcurrir miles de siglos.

* * *

Al ver a Siuxo dentro de su campana transparente, tanto Henry Luys como Alan Fruyberg quedaron hondamente impresionados. Previamente, Veedax les había aleccionado, diciéndoles:

—No debéis dar muestras de desagrado. Pensad que vosotros nos causáis el mismo efecto. Pero no hay nada horrendo en nuestro aspecto, como no lo hay en el vuestro. Todo es cuestión de aceptación mental.

Siuxo esbozó una mueca y su pequeña mano señaló los

almohadones que rodeaban su campana.

—Sentaos, terrestres. —La voz de Siuxo parecía filtrarse por los invisibles poros de la cúpula transparente—. ¿Qué os ha parecido Tahal?

—Una ciudad increíble —respondió Henri, sentándose.

—Monótona. Es muy antigua, llena de riquezas, de grandes pensadores, de hombres que han dejado su huella en nuestro mundo, seres inmortales por sus realizaciones… Alguna vez hallaréis objetos de inmenso valor artístico y serán vuestros. Hay mucho que aprender aquí.

»Se os facilitarán fórmulas preciosas que abrirán ante vosotros perspectivas insospechadas. Nuestros sabios irán hasta los laboratorios que hemos puesto a vuestra disposición, para enseñaros prácticamente cómo se dominan los más complicados secretos de la naturaleza.

»Todos tenéis inteligencia despierta, por ello te agradezco tu colaboración, doctor Luys. Vuestros hijos serán sabios y dominarán la materia.

»Pero, por encima de todo, lo que más os conviene aprender son los secretos que se encierran en vuestras mentes. Ahí está la fuerza de la inteligencia. Poderes psíquicos que todavía no habéis dominado.

»En el mundo que vamos a dejaros, hay materia y energía. Esto es importante. Pero más lo es la inteligencia que utiliza esos conceptos y los somete. Dominar la materia por medio de la energía es el principio del progreso. El cerebro piensa y dirige. Las manos y las máquinas obedecen. Luego, se puede prescindir de las manos y sólo queda el cerebro, como centro motor de la vida.

¡«Nosotros no amamos nuestro cuerpo. Eso nos perdió. En cambio, vosotros sois de naturaleza binaria y debéis seguir siéndolo siempre. El hombre y la mujer se complementan. El amor os atrae. Debéis desterrar el odio. Aquí no careceréis de nada, lo cual ayuda mucho, porque suprime la inquietud y la preocupación por el incierto futuro.

»La vida tiene una senda marcada. Hay que seguirla de principio a fin, con optimismo y serenidad. Se crece, se desarrolla uno, se crea, se ayuda a modificar el medio, mejorándolo, y al final, se, muere dignamente, dejando detrás la semilla de la continuidad. ¿No es maravilloso todo eso, doctor Luys?

—Estoy convencido de ello, Siuxo.

—Alan Fruyberg, en cambio, no opina como nosotros —añadió el ser que estaba recostado en su asiento, dentro de la campana.

—No sé si me han comprendido —se defendió Alan—. Yo buscaba una posición en mi mundo. Estudié y trabajé con ahínco. El gobierno me ofreció una oportunidad de mejorar. Habría logrado ser médico

forense, con la vida resuelta, el porvenir asegurado. Me habría casado y tenido hijos…

—Todo eso puedes hacerlo aquí, en el pequeño mundo que os hemos preparado, contribuyendo a repoblar un planeta cuyos habitantes se mueren.

—Sí, pero mi sentido del deber… Quiero decir que me siento como fracasado.

—Con nosotros no podías triunfar, Alan Fruyberg. Sólo tienes dos caminos. Uno es quedarte con nosotros y unir tu esfuerzo al de tus compañeros. Otro… —Tras una deliberada pausa, Siuxo añadió—: Puedes volver a la Tierra.

— ¿De veras, señor?

—Sí. Todo el que se considere defraudado, puede volver. Nosotros borraremos estos recuerdos de su mente, de forma que jamás sepan dónde han estado, y podrán reintegrarse a la sociedad que habéis dejado.

»Sin embargo, puedo asegurarte que vuestro porvenir aquí es mucho más prometedor que en la Tierra Todo esto será vuestro y de vuestros hijos.

»Aquí no hay problemas. Se trata sólo de aprender lo que no sabéis. Haceros mejores. Crearéis vuestro propio mundo con nuestros conocimientos. Y educaréis a vuestros hijos en esos principios. No habrá más ley que la natural, ni más derecho que el colectivo.

»El doctor Henri Luys será vuestro jerarca. Recibirá instrucciones de nosotros y os las transmitirá. El interés general se impondrá siempre sobre los intereses particulares. Y si surgiera alguna desavenencia, en último extremo, seríamos nosotros los que decidiríamos.

—He comprendido —replicó Alan secamente—. Y me parece que estoy en mi derecho a recapacitar antes de decidir nada.

— ¡Por supuesto, muchacho! He captado tus dudas. Tienes todo el tiempo que quieras para pensártelo. Te sugiero que inicies tu actividad como médico en el hospital de Tierra-Park y actúes en las investigaciones que se realizarán.

»El día que quieras, cuando lo desees, sólo tienes que formular el vehemente deseo de irte, y nosotros te sacaremos de aquí, devolviéndote a la Tierra en pocos días. Antes de llegar allí, todo cuanto sepas se te olvidará. ¿Te parece bien, Alan Fruyberg?

—Sí, perfectamente. Es muy justo. Aunque me encontraré con una laguna en mi cerebro y nada que explicar a mis jefes sobre mi ausencia.

—Habrá laguna, pero no ausencia, Alan —añadió Siuxo—. Aunque

te parezca increíble, nosotros podemos hacerte volver a la Tierra en el momento mismo en que saliste de ella. Y, por tanto, no habrás perdido tiempo alguno con nosotros.

— ¿Cómo? ¿Es eso posible?

—Sí. No importa que hayan transcurrido años. Pero no creas que te regalamos nada. El concepto material de vida-tiempo está basado en el desconocimiento exacto de la propia existencia. Es posible vivir a saltos, en épocas distintas. Vivir y dejar de vivir para volver a revivir luego en otra época.

»Esos misterios, que pertenecen a la ciencia de lo que nosotros llamamos «metapsiquis vital», te serán revelados algún día. Y sabrás que se continúa viviendo aunque el cuerpo muera, por la fuerza poderosa de la inteligencia.

»El tiempo real no existe. Es tiempo aparente, causado por impresiones mentales. Lo único que existe, a escala cósmica, es el tiempo astronómico, que es una relación entre energía, masa y distancia de materias.

* * *

Alan Fruyberg regresó a Tierra-Park con una indefinida sensación de impotencia y desconcierto. Sonia le interrogó:

— ¿Dónde has estado, Alan?

—Veedax vino a buscamos, al doctor Luys y a mí, para ir a ver a Siuxo, el Supremo regente.

— ¿Y qué te ha dicho?

—Estoy muy confuso, Sonia. Podemos volver a la Tierra cuando lo deseemos. No sólo nosotros, sino todos los demás. Aquí nadie nos retiene. Quieren que aprendamos todo lo que ellos han descubierto. Pero si nos vamos, borrarán de nuestras mentes lo que hayamos aprendido.

— ¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé. He pedido cierto tiempo para reflexionar. Mañana empezaremos a trabajar. Vendrán sabios marcianos de una ciudad llamada Baerm y nos explicarán lo que debemos hacer. Temo que una vez inmerso en los estudios, me olvide de mí deber.

—Entiendo —replicó Sonia—. Nuestro deber. Eso debe ser importante en París, pero no aquí, donde nos aguarda un destino extraño.

— ¿Tú qué opinas?

Sonia se abrazó a él y le miró intensamente a los ojos.

— ¿Me quieres, Alan?

—No lo sé... Estoy desorientado. Todo esto sólo tiene objetivo para

ellos. Tarde o temprano, desaparecerán.

—Yo he pensado en que, por otro lado, el Departamento Interplanetario enviará alguna expedición a Marte. Y si pudiéramos ponernos en contacto con ella...

— ¡Oh, Sonia; eres ingenua! Henri Luys tiene razón. Nos han seleccionado para una importante misión. Aquí hay mucho que aprender. Pero si nos vamos, lo olvidaremos todo. ¿Para qué nos puede servir, entonces, lo aprendido?

«Hemos de quedamos, Sonia. Estructurar nuestras vidas en este mundo y confiar en que esto sea mejor que lo otro.

— ¿Renunciar?

— ¿Y qué podemos hacer? No hay otra alternativa. Esto puede ser mejor. O, al menos, será distinto.

Después de una pausa, durante la que estuvieron abrazados, pensativos y perplejos, Alan comentó:

—Y no hay inconveniente en que vivamos como hacen los demás. Somos marido y mujer.

— ¡Oh, Alan; eso me hace soñar!

Él la atrajo hacia sí y la besó, murmurando:

—No es difícil amarte. Sonia.

Dadas las circunstancias, sólo tenían el consuelo de aceptar los hechos como inevitables. Durante unas semanas, se habían comportado como dos camaradas en acto de servicio, manteniéndose alejados tanto en la colonia de Becra como en el viaje hasta Argho y durante el tiempo que llevaban en Tierra-Park.

Pero aquella noche, Alan no se aisló en su habitación, sino que acompañó a Sonia al dormitorio de ella, sentándose ambos sobre el lecho y permaneciendo largo rato abrazados en la penumbra.

—Es muy extraño todo lo que nos ha ocurrido —habló ella, acurrucándose en el pecho de él—. Las otras parejas no son como nosotros. Barry y Helen han venido a verme. Preguntaron por ti. He observado que actúan con despreocupación.

—No digas nada, Sonia. Siento latir tu corazón.

— ¿Te gusto, Alan?

—Sí. Mis sentimientos están despertando... Dijo Siuxo que nosotros tenemos algo que ellos no tienen.

— ¿Qué es ello?

—Capacidad de amor. Por haberla perdido, su raza está muriendo.

—Tú me importas más que toda la raza. Alan.

— ¡Eres una chiquilla ingenua! ¡Sé que deseabas este momento!

—Sí, lo anhelaba ardientemente. Quiero vivir contigo, ser parte de ti... Y me alegraría mucho si pudiera tener un hijo, fruto de nuestro

amor.

Alan rió débilmente. Después, buscó ávidamente los labios de Sonia.

Un estremecimiento sacudió a los dos. Luego, se fundieron en un mismo ser, con pasión.

CAPÍTULO VI

Alan Fruyberg y Henri Luys se encontraron con aquel pequeño ser, de abultada cabeza y grandes ojos, al llegar al vestíbulo del hospital. Habían sido los primeros en acudir a la clase, porque Veedax les informó de que iban a tener la visita de un sabio de Argho, cuyo nombre era Duixbro.

El saludo fue telemental.

—Hola, amigos. Me llamo Duixbro.

Al reaccionar, Alan preguntó:

— ¿Qué se suele hacer? ¿Debemos estrechar tu mano?

Con una mueca de su pequeña boca, el científico de Argho repuso:

—No es necesario. Nuestras mentes son las que han de aceptarse, para colaborar juntos. Sé que no estáis habituados a nuestro aspecto. Confío que eso pasará. Se trata sólo de reflejo instintivo.

Tanto Alan como Henri sabían que no era preciso hablar para entenderse. Sólo tenían que formular el pensamiento y Duixbro les captaba. A pesar de ello, se expresaban verbalmente, a fin de familiarizar al otro con su lengua.

—Los otros que desean aprender fisioterapia vendrán en cuanto desayunes —habló Henri Luys—. Somos doce. ¿Cuál es el plan de trabajo?

—Lo tengo dispuesto —contestó Duixbro—. Deseo que estudiéis nuestra estructura interna. Para ello he pedido el cadáver de un argho, que he traído conmigo. Es interesante buscar la analogía que existe entre nosotros.

«Estudiaremos las partes de nuestro organismo.

— ¿Para qué nos va a servir eso? —preguntó Alan.

—Os servirá de mucho. Entre vosotros y nosotros hay una notable diferencia evolutiva. Observaréis cómo hemos degenerado miembros y regenerado cerebro. En vosotros ocurrirá lo mismo, al cabo de infinidad de generaciones, a menos que cambien las condiciones ambientales.

»Al parecer, según ha manifestado Veedax, os proponéis regenerar la corteza exterior del planeta. Es posible que lo consigáis. Tenemos proyectos al respecto que pueden realizarse.

»Las condiciones ambientales se modificarán, en tal caso. Cuerpos ágiles y atléticos, provistos de cráneos proporcionados y protegidos. Veréis que nosotros somos esencialmente débiles en cuanto a protección ósea. Nuestra fuerza es mental y nos es posible, por medio de esa influencia motriz, actuar sobre los objetos que nos rodean.

»A esto llamáis vosotros levitación y telequinesia. Nosotros lo

llamamos, sencillamente, acción mental.

La conversación se prolongó durante un rato, en términos análogos, hasta que llegaron los diez estudiantes que faltaban, entre los que había cuatro mujeres jóvenes.

Ahora vestían todos las ropas ajustadas y elásticas que les habían facilitado para vivir en aquel pequeño mundo. Se sentían cómodos tanto con las prendas como en el ambiente.

Al mismo tiempo, otros grupos se habían dirigido a los edificios de enseñanza para iniciar los estudios elegidos por ellos mismos. Había arqueólogos, matemáticos, cibernéticos, astrónomos, geólogos, etc.

Veedax había indicado que no se requería una predisposición especial para estudiar la ciencia de Argho, puesto que la disciplina era enseñada allí de modo muy distinto a como se hacía en las universidades de la Tierra.

Y, efectivamente, los programas estaban concebidos de forma didáctica muy racional. Además, el conocimiento, por medio de dispositivos electroencefalógicos, se «inyectaba» en la mente, dirigido hacia el sector que debía ocupar.

—Nosotros sabemos —explicó Duixbro, rodeado de sus alumnos—, que el cerebro se compone de catorce billones de neuronas que forman el más maravilloso encadenamiento biológico de la creación. Pero sabemos, además, que todos los conocimientos del cosmos están latentes en esos circuitos impresos que se han transmitido de padres a hijos a través de los siglos, acumulando el saber.

»Sólo hemos de despertar esos conocimientos por medio de estímulos eléctricos adecuados. Y eso hacemos con los circuitos electroencefalográficos de baja frecuencia, dirigidos a los puntos neurálgicos.

»Por esta razón, mis explicaciones irán siempre ayudadas por esos impulsos.

Se encontraban reunidos en una sala de anatomía, en torno a la mesa que sostenía el cuerpo sin vida de un argho, cuyo aspecto había impresionado a todos.

—Este sujeto ha muerto. Su espíritu le ha abandonado y sólo tenemos la máquina biológica —explicó Duixbro—. En circunstancias normales, nosotros incineramos el cadáver en un homo crematorio. Pero la investigación ha reclamado al buen Kaxke, el cual, complacido, se hubiera prestado a esto. No le importa la mutilación.

»Yo, previamente, he conservado el cuerpo para poder estudiarlo mejor. Que nadie se alarme ni se excite. Somos médicos y estudiamos el metabolismo de este organismo viviente.

»Primero retiraremos la piel…

Duixbro disponía de una gran serie de instrumentos adecuados, cuyo manejo enseñó a sus alumnos. Casi todos eran instrumentos electrónicos, tanto para seccionar como para cauterizar.

Y cuando inició su trabajo, sobre el cuerpo de su coetáneo, más de un alumno terrestre sintió agitarse su estómago.

* * *

Un día, Veedax llamó a la puerta del doctor Henri Luys. Claire le hizo pasar. En el salón estaban Paul Mizzan, Barry Trent y Alan Fruyberg, con sus respectivas esposas. Celebraban el décimo aniversario de la boda de Henri y Claire.

Muy gravemente, el «argho» con aspecto humano saludó a todos y felicitó a la pareja. Luego, informó:

—Tengo dos noticias importantes para vosotros —dijo solemnemente—. La primera es triste... Siuxo ha muerto en su campana de cristal esta madrugada.

Un sentimiento de congoja sacudió a los terrestres. Henri Luys musitó:

—Todos participamos de vuestro dolor, Veedax

—No ha muerto por causas naturales —añadió Veedax—. Le han matado algunos miembros del Consejo Supremo.

El asombro se acentuó.

—Su muerte está relacionada con otro hecho que os afecta a todos vosotros. Una nave gigante, construida en los Estados Unidos de Norteamérica, ha sido lanzada hacia Argho hace unos días. Ahora se acerca a nosotros, con una tripulación que intenta establecer la primera base terrestre en este planeta.

Veedax miró fijamente a Alan Fruyberg y a su esposa Sonia, al hacer esta declaración.

— ¿Cuándo llegarán aquí?

—Aún tardarán algún tiempo. Pero... —Tras una breve e inexpresiva pausa, Veedax añadió—: Creo que será tarde para vosotros.

— ¿Qué quieres decir, Veedax? —preguntó Henri Luys.

Dado su puesto de enlace entre los hombres de la Tierra y sus coetáneos., Veedax había conservado el aspecto terrestre, vistiendo y comportándose como éstos. Su semblante, empero, era inexpresivo como una máscara.

Se sentó delante de Henri y murmuró:

—El nuevo Consejo de la Suprema Regencia está deliberando vuestra suerte.

— ¿Qué es exactamente lo que ocurre? —intervino Alan Fruyberg,

acercándose a Veedax.

—No lo sé con certeza. Por eso he venido. Confío que los profesores de Baerm, que se encuentran aquí, reciban instrucciones. Mi mente ha sido blocada.

— ¡Pero...!

—Creo que no has sido suficientemente sincero con nosotros, Veedax —observó Henri Luys, con tristeza—. ¿Por qué han matado a Siuxo? ¿Cómo? ¿Qué es lo que está ocurriendo?

Antes de responder, Veedax miró en torno suyo. Todos estaban pendientes de él, mirándole ansiosamente. Claire parecía contener el aliento. Sonia Desmond estaba rígida en su asiento y Katry Mizzan, la pintora norteamericana que había renunciado, al fin, a su apellido Owens, se estremeció, agitada por un nefasto presentimiento de su fina sensibilidad.

—Creo que debéis saberlo todo. Hay algunos consejeros del Supremo Regente que se han opuesto siempre a esta experiencia. Uno de ellos, Regix, el Gran Anciano, está algo trastornado por los años. Sin embargo, posee una férrea vitalidad y no creo que la muerte se lo lleve de entre nosotros como algunos desearían.

»Es obstinado, terco y apegado a la tradición. Le rodea un grupo de seguidores, porque saben que, si muere Siuxo, Regix será su sucesor.

— ¿Es que aquí se intriga, como en la Tierra, para alcanzar el mando? —preguntó Henri Luys.

—No es eso. Somos muy pocos y todos podemos saber lo que piensan los demás, a menos que se reúnan unos cuantos y ejerzan poder mental colectivo para inhibir o bloquear sus ideas, a la vez que sus ondas mentales neutralizan algunos de nosotros, cuya acción les puede entorpecer, como han hecho conmigo.

»Yo figuro aquí como vuestro amigo y defensor. He estado en la Tierra y os conozco mejor que ellos. Yo propugno la idea de Siuxo, por obediencia. Él quería que heredarais nuestra cultura.

»Regix y los otros se opusieron desde un principio, alegando que a nosotros nadie nos legó nada en nuestros albores, cosa ésta también muy discutible, dado que ignoramos lo que debió ocurrir en aquellos lejanos tiempos.

»El caso es que Regix y su grupo fue derrotado por Siuxo, cuya decisión es la que prevaleció. Yo organicé vuestro viaje y todo se ha realizado según lo previsto.

»Pero Regix, que se había aislado en la ciudad de Maaera, agrupó en torno suyo a suficientes individuos para poder, en primer lugar, atacar a Siuxo y eliminarle. No era mucha la energía del Supremo Regente y no pudo defenderse. Le anularon con ondas mentales

concentradas.

»Este hecho se produjo ayer noche. Inmediatamente, los seguidores de Regix se instalaron en la ciudad de Tahal, donde se han reunido para deliberar acerca de vosotros.

»Al mismo tiempo, no os favorece nada que una expedición interplanetaria norteamericana venga hacia aquí. Según sospecho, eso inducirá a Regix a exigir vuestro internamiento o...

— ¿O qué? —preguntó Henri, al ver que Veedax se detenía.

—Vuestra muerte. Claro que yo pienso oponerme.

Por eso he venido. Aquí hay bastantes sabios, llegados de Baerm, con los que deseo cambiar impresiones. Si me ayudan, dividiremos la opinión. En Baerm viven muchos y muy importantes sabios de Argho, a los que no sentará bien la alevosa acción de Regix.

— ¿No saben nada estos individuos de lo ocurrido?

—No lo creo —replicó Veedax—. Regix y sus seguidores han cuidado muy bien de aislar Tierra-Park del resto de Argho.

— ¿Y cómo has podido venir hasta aquí? —preguntó Barry Trent.

—Me he escapado con ayuda de un buen amigo.

—Pues conviene que hables cuanto antes con Duixbro y los otros —dijo Henri, impaciente—. No me gusta esta situación. Te aseguro que no habría venido de saber que esto podía suceder. Me siento responsable de la suerte de mis semejantes.

—Yo también, Henri —replicó Veedax—. Y haré lodo lo que esté en mi mano para evitar que Regix y su gente consigan sus propósitos. De momento, lo que debéis hacer es permanecer atentos. Hay que vigilar los accesos a Tierra-Park. Y creo que sé debería poner una guardia en los túneles, para avisar si llega algún tren magnético. Aunque lo que daría mejor resultado sería interceptar los túneles, colocando barras metálicas soldadas, para impedir la llegada de trenes.

—Si eso sirve de algo, yo me ocuparé de ello —ofreció Alan Fruyberg, resueltamente.

—Pues no perdáis tiempo. Ahora, Henri, acompáñame a ver a Duixbro y a los sabios de Baerm.

* * *

Estaban reunidos veinticuatro pequeños sabios de Arghos, megacéfalos, de semblante inexpresivo. La mejor cualidad de aquellos seres era su extraordinario talento científico. Eran la élite de las disciplinas principales de la ciencia y la técnica de Argho, pensadores profundos, metódicos y con una sabiduría capaz de transformar el universo, si se lo hubieran propuesto.

Sin embargo, Veedax parecía un extraño entre ellos, hablándoles a todos y cada uno por su nombre, después de haberlo hecho en asamblea general.

El discurso de Veedax, que no pudo ser captado por Henri Luys, fue telemental, pero acompañado de gestos y palabras en antigua lengua argha. Su traducción podía resumirse así:

—Regix está loco. Ha unido su poder mental al de los sediciosos de Maaera y entre todos han asesinado a Siuxo. ¿Vais a permitir eso, vosotros que sabéis tanto de las leyes naturales y no ignoráis que la vida es muy valiosa entre nosotros?

—Tú, Duixbro, estudias el funcionamiento de nuestro cuerpo. Tú me preparaste para que pudiera adoptar el aspecto terrestre que me ha permitido parecer lo que no soy. Tú sabes que nuestra raza está extinguiéndose y que, cuando hayamos desaparecido, todo cuanto habéis descubierto desaparecerá con vosotros.

» ¿No fuiste tú, Duixbro, quien apoyaste a Siuxo en su deseo de que los inexpertos terrestres heredasen nuestras ciencias, como, posiblemente, nosotros las heredamos de otra antigua raza desaparecida?

—En efecto, Veedax. Yo defendí la teoría de Siuxo. Y te recomendé a ti para ir a la Tierra, primero para impedir la llegada de expediciones, y luego para atraer a un reducido grupo de seleccionados jóvenes.

»Y detesto la acción de Regix, como la detesta todo oriundo de Argho que sea consciente de su deber.

—Gracias, Duixbro. Estaba seguro de que podía contar contigo —fue la respuesta de Veedax, el cual añadió—: Regix y su grupo de ególatras altaneros y malignos han matado a Siuxo y se han apoderado de Tahal. Para oponernos a sus planes, hay que pedir ayuda a Baerm. Y eso es lo que debemos hacer.

»En Baerm está la sabiduría y la justicia. Es preciso enviar aviso, si ello es posible aún, y reunir a todos los sabios de allí. Si no lo hacemos cuanto antes, Regix y su grupo vendrán a Tierra-Park y exterminarán a nuestros ahijados, los terrestres, porque los odian y no quieren que reciban nuestras enseñanzas.

— ¡Yo me opongo terminantemente a eso y exigiré que Regix y sus seguidores sean castigados por sus actos criminales y sediciosos! —exclamó Duixbro—. Si los terrestres confiaron en nosotros para venir a Argho, debemos respetar esa confianza.

Duixbro se volvió hacia el lugar en donde se encontraba Henri Luys, nervioso e impaciente, y dijo en francés:

—Puede usted contar con mi apoyo y confianza, doctor Luys.

Aprecio mucho todo lo que ha hecho por nosotros. Yo no le abandonaré en este momento difícil.

—Gracias, Duixbro. No esperaba menos de usted.

Veedax encontró colaboración total entre los sabios, uno de los cuales, Kaxkma, inteligente experto en ciencias psiónicas, se dirigió a la escuela de comunicaciones energitrónicas y trató de establecer contacto con su ciudad natal.

Cuando volvió, poco después, informó a Veedax:

—Regix ha debido suponer lo que iba a ocurrir, puesto que se nos ha adelantado. Nos encontramos aislados del exterior. Ni siquiera funcionan los conductores extrasensoriales. Creo que han hipermagnetizado los alrededores de Baerm para impedirnos conectar con ellos.

— ¡Entonces hay que enviar alguien allí! —exclamó Veedax.

—No podrá llegar. Los túneles estarán interceptados.

— ¡Aunque sea a pie! —Veedax se volvió a Henri—. ¿Quién de los tuyos puede realizar una excursión de… quince kilómetros, por el interior de los túneles?

— ¿Es factible eso? —replicó Henri—. ¿No serán obstaculizados antes de llegar?

—Les facilitaremos proyectores de rayos lumínicos acelerados. El que trate de interponerse, será insensibilizado durante cierto tiempo. ¡Hay que luchar antes de que sea demasiado tarde!

—De acuerdo. Enviaré a Barry Trent y a otros dos, de los más audaces —dijo Henri—. Prepara el plan y las armas.

—Les daré un plano del interior de los túneles, para que no se pierdan. En caso de que traten de eliminarlos, lanzándoles un tren magnético encima, pueden refugiarse en los huecos que existen cada cien metros. Es importante que adopten la precaución de avanzar por el interior del túnel con el método de permanecer dos de ellos protegidos en los huecos, mientras uno llega hasta el refugio siguiente.

»Piensa que un vehículo lanzado a más de mil kilómetros por hora y ajustado perfectamente a las paredes del túnel, los destruiría. Ése es un riesgo que han de correr. Los trenes se dirigen por control a distancia. Si sospechan, lo que es muy posible, que alguien trata de llegar hasta Baerm, enviarán un tren a matarlos. En el peor de los casos, sólo tiene que morir uno. Los otros dos deben llegar a su destino.

Poco después, Henri Luys comunicaba estas instrucciones a Barry Trent, quien se puso a protestar airadamente, negándose a desempeñar semejante misión.

—Tienes que ir, Barry. Si no lo hacemos todos nosotros estamos en

peligro. Piensa en Helen y en el hijo que pronto vais a tener. Se trata de la seguridad de todos. Te acompañarán Hans Breckel y Juan Antonio Paredes… ¡Pero no iréis indefensos! Veedax te dará instrumentos de defensa y un convector de comunicaciones directas.

CAPÍTULO VII

Veedax envió a una alumna de psiónica en busca de Henri Luys, el cual se encontraba en la estación, con Alan Fruyberg, inspeccionando los trabajos de bloqueo de los túneles y los proyectores enviados por 3 a escuela de ultramagnetismo, que se habían colocado ante cada boca de túnel, sobre el «raíl» cóncavo, para fundir, si fuera preciso, con energía magnética, cualquier cosa que pretendiera llegar a Tierra-Park.

—Veedax quiere que vaya usted a la escuela de psiónica —dijo la alumna—. Tiene que comunicarle algo importante.

—Voy inmediatamente, Thrasy.

Henri se volvió a Alan y le dijo:

—Quiero que prestéis atención al túnel de Baerm. Estoy preocupado por Barry y los otros. Hace más de cuatro horas que se fueron y nada hemos sabido de ellos. ¿Habéis notado algo en ese túnel?

—No. Si al menos esos condenados agujeros tuvieran corriente de aire, como nuestros metros. Pero estos tipos son muy sagaces como ingenieros y han logrado un vacío perfecto. Por ello, Barry, Hans y Juan Antonio tuvieron que llevar escafandras autónomas.

—Voy a ver qué desea Veedax. Si ocurre algo, estaré en la escuela de psiónica.

Thrasy había llegado en uno de los pequeños automóviles eléctricos que utilizaban los sabios de Argho en sus desplazamientos por Tierra-Park, donde no había calles móviles. Henri Luys subió al vehículo y se sentó junto a la joven, una belleza rubia, de origen inglés, que, pese a su hermosura, era la discreción en persona.

— ¿Sabes para qué me quiere Veedax?

—No, doctor Luys —replicó ella—. Sólo sé que está con el profesor Kaxkma.

Henri Luys frunció el ceño.

—Tal vez hayan recibido noticias de Barry Trent.

Así era, en efecto. Pero las noticias no eran buenas, ni mucho menos. Veedax tomó a Henri del brazo, ayudándole a descender del coche eléctrico, y se lo llevó hacia el interior de la escuela, diciéndole, mentalmente:

—Hemos recibido contestación de Baerm… Sólo ha llegado uno de los tres enviados. Los otros dos han muerto pulverizados, dentro del túnel.

Henri Luys sintió un desfallecimiento.

— ¿Quiénes…?

—Barry y Hans han muerto. Sólo ha llegado Paredes. El convector de comunicaciones directas llegó también. Ese individuo ha sufrido cinco ataques de trenes guiados a distancia...

— ¡Pobre Helen Gray! Tendré que decírselo.

—Aguarda, Henri. Eso es una guerra. Esos dos no serán los únicos en perder la vida. Pero ahora, gracias a las comunicaciones que hemos podido establecer con Baerm, nos hemos apuntado una victoria. Los sabios de allí se han reunido rápidamente. Esperamos que nos avisen de su decisión. Ahora, Duixbro les está comunicando su propósito de defender la memoria de Siuxo y castigar a sus asesinos.

»Si los de Baerm nos prestan su ayuda, hemos esbozado un plan para dar un disgusto a Regix y los sediciosos. En pocos días pueden estar todos sometidos.

— ¿Qué plan es ése?

—Atacarles en Tahal por tres lugares distintos. Confiamos en vuestra capacidad agresiva. Vosotros tenéis más movilidad que nosotros, exceptuándome a mí. Juan Antonio Paredes lo ha demostrado dentro del túnel de Baerm. Según nos han comunicado, su actuación ha sido muy inteligente, alcanzando los huecos de protección de un método hábil y sagaz, contra el que los que dirigían el vagón magnético no han podido hacer nada.

—Me alegro por ese muchacho. Pero lo siento por Barry y Hans... Sí, por supuesto, lucharemos y haremos todo lo que sea preciso.

—Kaxkma y sus alumnos están preparando algunas armas altamente revolucionarias. Luego te las enseñaré. Consisten en una especie de dislocadores de ondas.

»Ocurre que vosotros estáis prácticamente indefensos contra la telepatía hipnótica de nuestros cerebros. Se os puede neutralizar con facilidad, si, como estamos haciendo los sabios de Baerm y yo, no os protegemos. Ha sido esa corriente la que ha ayudado a Juan Antonio Paredes.

»Pero ocurrirá, mucho me temo, que si Regix impone su autoridad en Tahal, de forma colectiva, la fuerza de todos ellos pueda contra nosotros. Para evitarlo. Kaxkma os proveerá de una esfera metálica, de vanadio magnético, que anulará la influencia mental exterior. Así quedaréis libres de nuestra influencia. La esfera irá provista de un corto mango, para asirla y orientarla hacia donde llegue la onda mental.

— ¿Cuándo estará eso listo?

—Ya hemos hecho algunas. Necesitamos doscientas.

Kaxkma se encontraba en un laboratorio, acompañado de Duixbro, cuando entraron Veedax y Henri Luys. El psiónico atendía a sus

complicados aparatos, mientras que el fisiólogo parecía estar sumido en profundas meditaciones, delante de un objeto de diseño increíble y extraño.

— ¿Ya sabe usted la noticia, doctor Luys? —preguntó Kaxkma.

—Sí. ¿Hay algo más?

—El profesor Duixbro está en contacto con el consejo de sabios de Baerm. Parece que están de acuerdo con nosotros en que el Gran Anciano debe ser juzgado por rebelde. Pero todavía no sabemos nada seguro. Debo felicitarle por la maravillosa actuación de Juan Antonio Paredes. Gracias a su destreza y serenidad, el convector de comunicaciones pudo llegar a Baerm. Regix nos había dejado totalmente desconectados.

Pocos minutos después, Duixbro se incorporó y se acercó a sus semejantes, diciendo, en francés, para que le entendiera Henri:

—Te felicito, Veedax. Los sabios de Baerm te reconocen como legítimo sucesor de Siuxo.

— ¿Cómo? ¿Yo, sucesor de…? ¡Oh, pero eso no es acertado! ¡Hay seres en Argho con más capacidad que yo! ¡No, me opongo! ¡Cualquiera de vosotros está mejor preparado que…!

Duixbro atajó a Veedax, diciéndole:

—Me han dicho que te felicite por tu iniciativa al enviar a ese muchacho terrestre con el convector. Ninguno de nosotros habría podido llegar hasta allí.

«Además, el pensador Agm-t-Vri, que ha presidido el consejo de sabios, estima que tú estás más capacitado que cualquiera de nosotros para hacer frente a una situación como la actual. Ellos te prestarán todo su apoyo y tratarán de establecer contacto con Maaera, Bravix y Soolkri, donde se cree que las opiniones de nuestros hermanos están bastante divididas.

«Añaden que si bloqueáis las entradas de Tierra-Park y os aprestáis a defenderos con proyectores ultramagnéticos, Regix se encontrará en apuros para llevar adelante su plan.

«Opina Agm-t-Vri, cuyo juicio debemos respetar, que Regix no atacará inmediatamente, dado que le interesa más consolidar su posición ante la opinión de los que no pueden aceptar de buen grado la muerte de Siuxo.

«Nadie quiere exponer su idea acerca de si se hizo bien o mal al traeros a Argho. Lo que tanto Agm-t-Vri como todos nosotros estamos de acuerdo en aceptar es que se os trajo por decisión de Siuxo y esto es legal y lo seguirá siendo. Otro caso sería que hubierais venido por vuestra cuenta, como sabemos que ahora hacen los astronautas norteamericanos, que parecen acercarse más aprisa de lo que

habíamos calculado al principio.

»Pero ése es otro asunto que habremos de decidir a su debido tiempo. Ahora, lo más apremiante es cortar las alas al Gran Anciano Regix y condenarle por su regicidio.

* * *

Henri y Claire estaban comunicando a Helen Gray la muerte de Barry, cuando se vieron sorprendidos por un «eclipse de Sol». La luz de Tierra-Park se apagó bruscamente y no se encendieron los faroles «nocturnos».

Helen, que lloraba amargamente y era consolada por Claire, alzó la cabeza al notar la oscuridad.

— ¿Qué...?

Un estallido horrísono hizo estremecer el pequeño edificio, seguido de un prolongado retumbar, como si un trueno se hubiera dejado oír en el ámbito subterráneo.

Henri Luys se lanzó hacia la salida, tropezando con varios objetos. Una vez en la calle, captó un resplandor amarillento, al extremo de la amplia caverna. Oyó gritos, imprecaciones y llamadas de mujeres y hombres que, al quedarse a oscuras, salían de sus casas, a enterarse de lo ocurrido.

Y, de pronto, en medio del desconcierto, un coche eléctrico, provisto de un potente faro, se acercó a la mansión de Barry Trent. Al volante, como aquella mañana, iba la inglesa Thrasy, que gritaba el nombre de Henry Luys.

— ¡Aquí! ¿Qué ocurre?

— ¡Suba usted! ¡Tranquilice a la gente y vamos a ver a Veedax!

Ya era imposible contener el pánico. Los jóvenes terrestres iban de un lugar a otro, aterrados, tratando de adivinar lo que nadie podía explicarles.

En la escuela de psiónica, Veedax ya había dado órdenes a los alumnos y trabajadores que estaban con él y Kaxkma, y un grupo de ellos había salido hacia el extremo de la población, donde un enorme boquete se había producido en las instalaciones de generación eléctrica por fisión noble de átomos.

Dos sabios Arghos habían ido con ellos, provistos de instrumentos de control y comprobación. Veedax quería a Henri Luys que impusiera la calma en la colonia y trasladase a la gente al extremo opuesto, lejos de donde se había producido la explosión, que, sin duda, había sido provocada por los seguidores de Regix.

—Nos han cortado el suministro de energía eléctrica —explicó Veedax—. Ignoramos cómo lo han hecho, pero lo averiguaremos. No

creo que nos ataquen todavía, aunque, sin energía, estamos prácticamente indefensos.

»Por esto debes reunir a la gente y llevarla al extremo opuesto, refugiándoos en las casas extremas, Debes formar pelotones de acción y tenerlos preparados para recibir mis órdenes.

—Sí. Pero necesitaríamos luz. Reina gran desconcierto.

—Llévate un par de coches eléctricos.

Henri y Thrasy así lo hicieron, saliendo de nuevo de la escuela de psiónica, para dar órdenes a todo el que encontraban por las calles y que eran atraídos por las luces de los vehículos.

— ¡Hay que ir al otro extremo de la colonia! ¡Allí nos reuniremos y formaremos piquetes! ¡Comunicarlo a todos!

— ¿Qué es lo que ha sucedido, doctor Luys? —preguntó Paul Mizzan que llegó corriendo a donde se había detenido el coche de Henri.

—No sabemos cómo, pero han destruido la pila de plutonio. No hay peligro de contaminación atómica, puesto que la fisión nuclear no es noble. Pero pueden atacarnos en la oscuridad y hemos de estar preparados para defendernos.

— ¿Con qué? —preguntó Mizzan, desesperadamente—. ¿Con las manos?

—Todo se solucionará, Paul. Ahora, haced todos lo que os he dicho. Voy a la estación para advertir a Alan.

Desorientados, aquellos grupos de hombres y mujeres obedecieron. La consigna se extendió y pronto, todos se fueron a los prados del extremo oeste de la colonia.

Mientras, Henri Luys se entrevistaba con Alan, al que encontró desconcertado ante los túneles, ya bloqueados con barras de acero soldadas en el interior de los tubos metálicos.

—Sólo está abierto el túnel de Baerm —informó Alan, inquieto—. Pero sin los proyectores ultramagnéticos, desconectados por falta de energía, poco podemos hacer. ¿No sería mejor huir al exterior, Henri?

— ¿Al exterior? ¿Cómo?

—Veedax, al mostrarme los planos de las galerías magnéticas, me señaló tres pasos ascendentes que desembocan en la superficie del planeta. Tenemos escafandras de vacío para todos... ¡Y va a llegar una astronave norteamericana...!

—Quítatelo de la cabeza, Alan —replicó Henri secamente—. Esta nave no tiene nada que ver con nosotros. No cabemos todos en ella, ni hemos venido aquí para divulgar el secreto de esta raza.

»Lo que hemos de hacer es organizamos para la lucha que se avecina.

— ¡Pero nosotros no podemos hacer nada contra esa gente capaz de matar a distancia!

Henri puso la mano sobre el hombro de Alan y le respondió:

—Yo sé que tú eres el único que está aquí de un modo más o menos forzado. Pero yo tengo confianza en ti. Alan. Vamos a tener que luchar por nuestras vidas y por los que quieren ayudarnos. La situación se está clarificando y contamos con más ayuda de la que podíamos esperar.

»Por favor, Alan. Si no tuviéramos más remedio que utilizar esos pasos ascendentes e ir a pedir ayuda a los astronautas americanos, yo te permitiré que lo hagas. Pero lo que nos proponemos realizar aquí tiene más importancia para la humanidad que todo cuanto hagan, unidos o por separado, todas las federaciones de gobiernos terrestres.

»Y esto es lo que deseo que comprendas bien, Alan. Yo quiero confiar en ti y deseo estar seguro de que si te doy una orden, sin recurrir a medios poshipnóticos, la cumplirás en beneficio de todos nosotros.

»Si no puedo tener esa seguridad, con harto sentimiento, me veré obligado a pedirte que vuelvas con los demás.

— ¡Está bien, doctor Luys! Soy humano ***y*** estoy con usted. Ya no importa lo que ocurra. Le doy mi palabra de honor.

Henri abrazó a Alan y repuso, emocionado:

—Gracias, Alan. Sabía que me contestarías eso. Quédate aquí, con esos hombres. Te dejaré el coche eléctrico para que tengáis luz. Si ocurre algo, avisadme inmediatamente al mismo tiempo que avisáis a Veedax. Le encontrarás en la escuela de psiónica, con el profesor Kaxkma.

—Entendido, doctor Luys —replicó Alan—. Si ve usted a Sonia, dígale que la quiero y que no se preocupe por mí.

Henri sonrió y repuso:

—La veré dentro de poco, Alan. Y, por supuesto, tendré mucho gusto en decírselo.

* * *

Mientras Henri Luys organizaba los cuadros de acción, formados por pelotones de quince hombres y cinco mujeres, más otros grupos auxiliares, compuestos de mujeres únicamente, los alumnos de la escuela de psiónica comprobaban que el reactor de plutonio había sido saboteado por alguien que llegó hasta allí, procedente de Tahal, y colocó una carga explosiva.

El misterio de cómo pudo llegar alguien hasta el reactor de Tierra-Park pronto quedó despejado al descubrirse una máquina de

perforación subterránea abandonada en el interior de un túnel. El saboteador o los saboteadores utilizaron una antigua galería, excavaron con la máquina perforadora, hasta llegar cerca del reactor, y luego huyeron.

Las consecuencias de aquella acción, sin embargo, pronto quedaron paliadas en parte, cuando se hicieron funcionar pilas de mercurio y cadmio, primero para alumbrar un sector de la colonia y luego toda ella.

Veedax y Kaxkma se afanaron en solucionar aquellas dificultades, alentados por las noticias que llegaban de Baerm, donde el filósofo Agm-t-Vri estaba conquistando adeptos para la causa de la justicia, lo que mermaba el prestigio del Gran Anciano Regix.

Por ejemplo, en la ciudad subterránea de Sooikri, sus ciento sesenta habitantes, que contaban con la ayuda de millares de robots industriales, se habían puesto incondicionalmente en favor de Veedax, considerándole apto para suceder a Siuxo, al que deseaban vengar a toda costa. Y para exigir cuentas a Regix, todos los moradores de Sooikri se disponían a marchar hacia Tahal.

En cambio, en Maaera, ciudad de residencia de Regix, donde las opiniones habían estado divididas, pronto se sometió la oposición, efectuándose una acción rápida de los seguidores del usurpador, que lograron encerrar en unos viejos depósitos a los descontentos, con lo que la subterránea población quedaba a merced de los insurrectos.

Maaera y Tahal estaban cerca y pronto se estableció una corriente de arghos en los dos sentidos, consolidando sus posiciones.

Después, se inició la lucha por el dominio de Bravix, otra de las ciudades de Argho en donde vivían algo más de un centenar de hombres y mujeres.

En Bravix, precisamente, era donde podía producirse algún nacimiento de la casi agotada raza argha. Allí había nacido Veedax. Todas las mujeres se encontraban en aquella región de aguas minerales y donde la existencia era más abundante de elementos naturales. Allí se podían encontrar plantas que crecían con la ayuda de luz artificial. Había animales domésticos, como los «rogs» o especie de cabras, de carne estimada, que sólo se ingería en las grandes solemnidades. También existía una factoría piscícola en un mar subterráneo.

Sin embargo, la gente de Bravix no quiso mezclarse en la contienda. En la reunión que celebraron sus consejeros se acordó no inclinarse en favor de un bando ni de otro. Se comunicó a Veedax y a Regix que aceptarían las decisiones del vencedor.

Agm-t-Vri, desde Baerm, se enfureció al oír esto y dijo:

—Entre nosotros no pueden haber neutrales, existiendo traidores. Si el consejo de Bravix no quiere luchar por la justicia, nosotros iremos allá y les obligaremos a que luchen.

Regix, por otra parte, ordenó a sus seguidores trasladarse a Bravix y ocupar la población por la fuerza. Para lograrlo, aquel grupo de insurgentes iba provisto de armas aniquiladoras, de alto poder desintegrante.

CAPÍTULO VIII

La lucha por el dominio de Bravix fue breve y aniquiladora. Empezaron dominando los seguidores de Regix. Pero al llegar fuerzas de Baerm y Soolkri, los insurrectos se retiraron, no sin dejar numerosos objetos explosivos, ideados por su jefe, quien prefirió destruir Bravix antes de consentir que sus moradores reconocieran a Veedax como Supremo Regente.

Y cuando los rebeldes se retiraron, dejando la población más encantadora de Argho en poder de sus enemigos, los explosivos hicieron su efecto demoledor y terrorífico, convirtiendo aquel lugar en un infierno radiactivo que fue preciso aislar rápidamente.

En Tierra-Park se recibió aquella noticia como un golpe asestado a la conciencia de sabios y terrícolas.

Veedax fue en un coche eléctrico a ver a Henri, a la fábrica de proyectores de vanadio magnético. Su rostro parecía haberse estropeado en pocas horas.

—Bravix ha sido destruida por el anciano maligno.

— ¿Destruida? —preguntó Henri, estupefacto.

—Acaban de decírnoslo desde Baerm. Hemos perdido gran número de buenos amigos y todas nuestras mujeres. Bravix era el único lugar en donde aún podían nacer niños arghos.

—Lo siento profundamente, Veedax. ¿Allí naciste tú?

—Sí. Y mi padre todavía vi…

Veedax, ahogado por la emoción, no pudo continuar hablando. De su mente, empero, surgió un alarido de angustia que Henri, habituado ya a este tipo de comunicación, captó en su desgarrador y feroz sentido.

—Nosotros somos incapaces de odiar como lo hace ese maldito Regix cuya condenable acción le hace acreedor de todo nuestro desprecio… ¡No habrá compasión para él!

— ¿Es cierto que nos ha dado un plazo de dos días para rendir Tierra-Park y expulsarnos de aquí? —preguntó Henri.

—Sí. El mensaje del déspota llegó a través de Baerm. Será preciso atacar Tahal. Y tendréis que intervenir vosotros, Henri.

—Lo haremos. ¿Cuántos hombres necesitas?

—Todos. Hay que acelerar la fabricación de armas.

—Hacemos todo lo que podemos.

—Pues hay que hacer más o… ¡Será el fin de todos nosotros!

Henri había puesto al trabajo a casi todos sus compañeros de expedición, excepto aquellos que guardaban la estación, por donde se temía un ataque imprevisto y ante la que habían colocado varios tipos

de defensas que sólo sabía manejar un sabio educador de ultramagnetismo, colaborador de Kaxkma.

Después de visitar a Henri Luys, en la escuela de psiónica, convertida en factoría de material bélico, Veedax se dirigió a la estación, en donde estaba el pelotón mandado por Alan Fruyberg, y reforzado por hombres como Paul Mizzan y José Espartero, un amigo del famoso Juan Antonio Paredes, que había logrado llegar a Baerm con el convector de comunicaciones.

Alan salió al encuentro de Veedax, al que saludó junto a la estación.

—Es cuestión de empezar a despejar el túnel de Tahal, Alan —dijo el argho.

— ¿Para qué?

—Vamos a enviar varios convoyes de hombres a la lucha.

— ¿A morir? —preguntó Alan—. ¿Qué posibilidades tenemos contra seres como vosotros?

—Depende de cómo se desarrolle la lucha.

— ¿Y no os habéis detenido a pensar que esto es una cuestión interna entre vosotros, en la que nosotros no deberíamos intervenir?

Veedax, que conocía bien a Alan Fruyberg, replicó:

—Veo en tus pensamientos que estás dispuesto a ser el primero en morir, si preciso fuera, por aplastar a Regix. ¿A qué viene, pues, esa pregunta? Tú sabes tan bien como yo todo lo ocurrido.

—No niego que sepas lo que pienso. Aquí no se puede esconder nada. Y, por tanto, sabes que seré fiel a mis camaradas. Pero nosotros no hemos iniciado esto.

—Sois la causa.

—Causa que Siuxo creyó buena, pero que otros no lo consideran así y él ha sido el primero en pagar su error. Antes de arreglar nuestro bienestar futuro, debisteis arreglar el vuestro.

—Nadie podía prever lo que haría Regix.

—En mi planeta, estas cosas están a la orden del día. Allí existen más traiciones y rencillas por kilómetro cuadrado de las que nosotros somos capaces de imaginar. Y donde llega nuestra semilla, parece que se extiende la mala hierba.

—Lo siento. Siuxo creyó que era una buena obra. Las consecuencias son imprevisibles. Estamos luchando y muriendo. Vosotros estáis en medio de la discusión. Y vuestra suerte está en la balanza. Si sometemos a Regix, seguiréis aquí. Pero si él nos vence...

— ¿Qué?

—No creo que os deje volver a la Tierra.

—Sí, eso supongo. Pudiendo llegar hasta aquí, como ya hemos

hecho, y sabiendo que bajo e: suelo de Marte viven un reducido grupo de supervivientes de una raza multimilenaria, de una técnica y una cultura superior, mis coetáneos no cejarán en su empeño hasta penetrar en este mundo submarciano.

—Sí, eso es cierto. Pero mientras aliente uno solo de nosotros, no lo consentiremos. Después cuando ya no estemos, haced, o que hagan vuestros descendientes, lo que más les convenga. Argho será vuestro y si yo estuviera en el lugar que ocuparán ellos, procuraría no mantener muchas relaciones con vuestros actuales coterráneos o Marte será como la Tierra.

Veedax se fue a inspeccionar los trabajos de reparación de la central atómica, dejando a Alan muy perplejo. Paul Mizzan se le acercó, preguntándole:

— ¿Qué quiere Veedax?

—Que quitemos los hierros colocados en el túnel número dos. Vamos a ir a luchar a Tahal.

— ¿Lo hacemos ahora mismo?

—No, todavía no, Paul. Espera. Deseo saber cómo van los preparativos de Henri. Están trabajando con ahínco, sin descanso. No creo que estén en condiciones.

— ¿Y qué piensa Veedax?

Alan miró fijamente a Mizzan.

— ¿Que qué piensa? Yo no sé lo que piensa él, pero él sí sabe lo que pensamos nosotros. Y esto me huele mal. Soy desconfiado por naturaleza.

—Por algo eras policía.

—Lo sigo siendo, Paul. Nadie me ha postergado. Estoy aquí en misión oficial. Y se me ocurre pensar si no nos han traído aquí para arreglar las diferencias de esta gente.

— ¡Tú hablaste con Siuxo!

—Sí. Pero esto puede haber estado gestándose hace años. Si en Argho existían dos bandos y alguien quería inclinar la balanza a su favor, importar mercenarios es relativamente fácil, con promesas de una fabulosa herencia técnica y cultural.

—Demasiado complicado, Alan. No lo creo. Ni lo cree tampoco Henri.

— ¡Pero Barry Trent ya está listo! ¡Y luego caeremos tú, yo y los demás!

—O no. Podemos aplastar a ese Gran Anciano del diablo.

—De acuerdo, Paul. Pero seamos prácticos. Imagina que las cosas no salen como creemos. ¿Qué nos espera?

—Morir luchando.

—Hay que ser más previsor, Paul. Cuando se ve perdida la contienda, se debe uno retirar... ¡La retirada estratégica! Y yo sé cómo llevarla a cabo.

— ¿Cómo?

—Te lo diré si me prometes no decírselo a nadie.

—Seré una tumba.

Bajando la voz, Alan dijo:

—Hay que disponer de los equipos de vacío que tenemos para casos de emergencia. Sonia o Kairy pueden cuidarse de ello. Uno de estos coches nos servirá para meternos en el túnel seis, que conduce a una ciudad abandonada, y que, si no estoy mal informado, contiene reliquias de gran valor.

»Pues bien. Esos coches pueden funcionar dentro del túnel. Lo he comprobado. Las ruedas se curvan un poco y es preciso mantener muy firme el volante.

»Desde aquí a la ciudad muerta de Beelkri, hay unos cien kilómetros, en dirección sur. Cuatro personas pueden viajar en el coche, llevando agua y alimentos.

»Una vez en Beelkri, abrimos las compuertas y nos apoderamos de las mejores piedras preciosas, para tomar una salida que conduce al desierto exterior, donde buscaremos refugio en algún cráter profundo, en donde exista oxígeno, y esperar la llegada de los americanos.

Mizzan, que había escuchado atentamente, en silencio, habló al fin diciendo:

—Magnífico plan para un cuarteto de cobardes, Alan. Pero ni tú ni yo somos capaces de hacer eso.

— ¡He dicho si las cosas se ponen feas! ¡Es una salida de emergencia!

—Si las cosas se ponen feas, como tú dices, correremos la misma suerte que nuestros compañeros.

* * *

Y lo mismo había de decir Sonia, dos días después, cuando vio a Alan, después de varias jornadas de intenso trabajo y separación.

Éste contó a Sonia el plan que había preparado y ella casi estuvo a punto de abofetearle:

— ¡Eso es inicuo, Alan! ¡Me avergüenzo de ti! ¡Jamás se me ocurriría pensar en una cosa así, cuando la vida de todos nosotros está en peligro! ¡Mañana o pasado, a lo sumo, marcharemos hacia Tahal a presentar la batalla a ese abominable anciano! Y a ti no se te ocurre más idea que pensar en la manera de huir.

— ¿Es que vamos a dejamos matar si esto no tiene solución? —

preguntó Alan, a quien el proyecto parecía viable.

—Sí. Hemos venido a Argho para recibir una enseñanza que nos hará mejores que nuestros semejantes. Estos hombres se mueren. Pero aunque vivan mil años más, al final serán nuestros descendientes los que se alcen con la cultura de Argho... ¡Y vale la pena luchar por lo que estos seres han aprendido, Alan! ¡Cada día que pasa estoy más convencida!

Alan se vio obligado a retractarse y prometer a Sonia no hacer nada de lo que había pensado.

Al día siguiente, cincuenta jóvenes marchaban por el interior del túnel de Tahal, a unir sus esfuerzos con los combatientes de Baerm y Soolkri, que atacaban por distintos puntos.

Ocurrió algo espantoso con casi todos ellos. Ni siquiera pudieron utilizar las armas que les habían dado. No llevaban caminando más de una hora, cuando el fuego los envolvió, surgiendo de unos agujeros practicados en los muros, que nadie había observado.

Henri Luys, que formaba parte de aquella expedición, se salvó milagrosamente, retrocediendo por entre sus atormentados camaradas, dando órdenes de retirada que apenas si fueron escuchadas.

Dos o tres de los supervivientes regresaron con las ropas puestas. Los otros diez, incluyendo a Henri, perdieron hasta la ropa y sufrieron quemaduras que, de no haber sido por los rápidos auxilios de Duixbro, habrían resultado fatales.

Alan Fruyberg, que se había quedado vigilando los túneles, al ver regresar a sus compañeros en aquellas condiciones, sintió un odio tremendo convulsionar su pecho. Ayudó en lo que pudo a los heridos, atendió a Henri Luys, y luego le condujo hasta la escuela de medicina, donde Duixbro curó a los quemados, utilizando un cauterizador termoeléctrico que no dejó ni una huella en ellos a las pocas horas de ser atendidos.

Veedax se informó del desastre y, abatido, ordenó a Alan que bloqueara de nuevo el túnel de Tahal.

—Hemos querido ayudar y no ha sido posible. Ahora, sólo nos falta confiar en que nuestros amigos de Baerm y Soolkri puedan dominar a los insurrectos de Regix. Estaré pendiente a las noticias que lleguen de Baerm.

Henri explicó lo ocurrido.

—Habíamos ido ocupando estratégicamente los huecos, tal y como nos explicó Juan Antonio Paredes, por radio. Es un buen sistema, en el caso que nos lancen un autobús magnético a toda velocidad. Pero no pensamos en el fuego. Y aguardaron a que estuviéramos allí para inflamarnos.

» ¡Jamás he visto nada más espantoso! ¡Vi muchachos arder como si fueran antorchas, bajo los chorros de fuego que surgían de todas partes!

— ¿Dónde estabas tú? —preguntó Claire, que había acudido rápidamente, al enterarse.

— ¿Dónde? ¡En medio de todos! No sé cómo logré salir de allí. Creo que algunos me protegieron con sus cuerpos. Corrimos sin protección de ninguna clase. Si en tales momentos nos dirigen un convoy, nos hubieran triturado por completo.

Claire, abrazada a su esposo, lloraba de alegría y tristeza al mismo tiempo, diciendo:

—No debiste ir, Henri. Tú tienes muchas cosas que hacer aquí.

— ¿Y quién pelea?

—En esas condiciones, no lo hará nadie. Veedax debió advertirnos.

— ¡Veedax no sabía nada! ¡Regix no le comunica sus planes secretos!

— ¿Y qué haremos ahora?

—No lo sé. Pero todavía quedamos muchos con vida, para seguir luchando. Eso será lo que haremos.

Veedax, por su parte, se enteraba por Kaxkma, que la lucha por Tahal quedó algo así como en tablas, teniendo que retirarse los atacantes, no sin haber causado bastantes bajas a los insurgentes de Regix, el cual, según palabras de Veedax, «tardaría algún tiempo en lamer sus heridas».

—No se rinden. Poseen recursos para resistir. Agm-t-Vri ha sugerido que formemos barreras magnéticas en torno a Tahal y les aislemos hasta que perezcan. Es posible que pasen muchos años antes de que claudiquen —informó Veedax—. ¿Qué os parece a vosotros que debemos hacer?

Ninguno de los terrestres replicó.

Entonces, Veedax dijo:

—Sé lo que estáis pensando. Y eso haremos. Si podemos aislarlos y mantenerlos separados de nosotros, lo haremos. Comprendo que hay muchas mujeres sin compañero, lo cual no os ayuda a vuestro progreso.

»Por tanto, sugiero que, dadas las circunstancias y en vista de que vuestro metabolismo biológico lo permite, se establezca un régimen de bigamia legal, que, aunque repugne a vuestras conciencias, es la mejor solución para el crecimiento de vuestra especie.

»Si ese sistema es aceptado en ciertas regiones de vuestro mundo, con mayor motivo puede establecerse aquí. El doctor Henri Luys y el doctor Alan Fruberg se cuidarán de examinar vuestros grupos

sanguíneos para una mayor efectividad.

»Mientras, nosotros estableceremos el bloqueo magnético total, en torno a Tahal, para someter a los rebeldes.

En las circunstancias en que vivían los expedicionarios terrestres en la colonia, nadie se opuso a la decisión de Veedax. En realidad, las jóvenes viudas necesitaban el apoyo y el consuelo de los otros compañeros. Y todo se realizó de modo legal… La ley estaba en manos de Henri Luys.

CAPÍTULO IX

Alan Fruyberg, con el beneplácito de Sonia, eligió a una muchacha alemana, llamada Emma, cuyo marido había sido Hans Breckel, muerto junto con Barry Trent, en el túnel de Baerm.

Emma era una joven rubia, dulce y triste que llegó a la casa de Alan y Sonia gimiendo y suspirando. Sin embargo, a los pocos días tuvo su primer encuentro brusco con Sonia, a la que dijo, de buenas a primeras:

—Según Henri Luys, tanto derecho tiene la primera esposa como la segunda.

— ¿Derecho a qué, Emma? —preguntó Sonia, extrañada.

—A estar conmigo.

— ¿Y no lo está?

—Sí. Pero pasa más tiempo a tu lado cuando viene del trabajo.

— ¡Esto es absurdo, Emma! Yo no puedo inclinar a mi favor la voluntad de nadie. Pero si Alan lo desea, os dejo solos a los dos y en paz. No os necesito a ninguno.

—Sería lo mejor.

— ¿Qué dices, insensata?

—He dicho que sería mejor que nos dejases solos.

Aturdida, Sonia, no supo qué contestar. Pero luego, surgió en ella su integridad femenina y desafió a su rival.

— ¡Ah, eso sí que no! Yo he arreglado esta casa a mi gusto. He trabajado aquí después de trabajar afuera. Y no quiero irme. Vete tú. Y si no te vas, seré yo quien te eche.

Las consecuencias de esta agarrada fue una agria discusión que se prolongó hasta el regreso de Alan, el cual había discutido de nuevo con Paul Mizzan, porque le habló de efectuar una excursión a Beelkri, «a ver lo que encontramos por allí».

»—Tal vez hallemos el modo de asestar un golpe a los secuaces del Anciano Demonio. Creo que nadie podría esperar un ataque por el viejo túnel que une la ciudad abandonada con Tahal.

Mizzan había dicho tajantemente que no y de ello surgió una polémica que agrió el estado de ánimo de Alan. Y para acabarlo de arreglar, la discusión entre Sonia y Emma le envolvió con su ferocidad.

— ¡No la quiero aquí, Alan! ¡Elige entre ella o yo!

—Pero… ¿qué diablos es esto? ¡Bueno vengo yo para que ahora vosotras dos sintáis deseos de divertirse a costa mía! ¡Dejadme en paz!

— ¡Iré a quejarme al doctor Luys! —exclamó Emma—. Jamás me había tratado nadie con tanta desconsideración… ¡Y mi Hans murió en

acto de servicio!

— ¿Por qué no te mataron a ti también, bruja? —aulló Sonia.

Aquello colmó la medida. Como Alan estaba presente, ambas mujeres se lanzaron una sobre otra, confiando posiblemente que él las separaría y trataría de consolar a la que más quisiera, delatándose el verdadero sentimiento de Alan.

Pero éste no hizo nada de ello. Lanzó un grito, arrojó el primer objeto que agarró a las contendientes, y salió de la casa dando un violento portazo.

Una hora después, provisto de una mochila con agua y provisiones, así como protegido por un traje de vacío, con oxígeno para dos semanas, gracias al sistema de regeneración continua de aire, por el sistema clorofílico, Alan se deslizaba sigilosamente hacia la estación con un vehículo eléctrico que llevaba las luces apagadas.

Era el que mejor conocía la disposición de los puestos de vigilancia de la estación, por estar a cargo de aquel servicio. Y eligió el momento en que sólo había dos guardianes ante los mandos de detección electrónica, para moverse hacia el túnel número seis, en desuso, e introducirse en él.

Alan estaba dispuesto, al menos, a llegar hasta Beelkri y comprobar lo que había allí. Y para ello iba provisto de un desintegrador de rayos «láser» capaz de fundir el más duro metal.

En pocos segundos dejó expedito el camino. Volvió a poner en marcha el coche y penetró en el túnel, apoyando las ruedas sobre la superficie cóncava del suelo. Al principio, esto entrañaba una dificultad y estuvo a punto de volcar el vehículo, al perder el control y girar excesivamente las ruedas, con lo que se salió de la horizontalidad.

Pero encendiendo las luces y observando fijamente al frente, le fue posible, al fin, no salirse de la línea recta.

Gracias a la ausencia de atmósfera dentro de los túneles, no se levantaba polvo alguno. Todo estaba perfectamente limpio y bruñido. Y la pericia con que Alan llegó a dominar el pequeño vehículo dentro del alvéolo metálico le permitió desarrollar una velocidad más que respetable, que se tradujo pronto por un gran número de kilómetros dejados atrás.

Alan no sabía exactamente lo que se proponía. La situación en Tierra-Park se había estancado con el bloqueo magnético efectuado por los sabios de Baerm a Tahal y habían pasado los días con incierta lentitud.

Al principio, el celo y el temor a las sorpresas, les había hecho mantenerse ojo avizor. Luego, y debido a los nuevos matrimonios de

muchos jóvenes, el amor parecía querer olvidar la contienda.

Pero la discusión entre Emma y Sonia alentó los deseos de Alan de efectuar una exploración a Beelkri. Y ahora se encontraba solo, en la aventura, sin darse cuenta de que había desertado de su puesto y que dejó a un grupo de hombres sin saber qué decisión tomar.

Alan, sin embargo, ignoraba que Henri Luys conocía ya su desaparición, y hasta, después de haber hablado con Veedax, sabía cuál era su propósito.

* * *

Efectivamente, sangrando por cara y cuello, Emma Fruyberg, la nueva esposa legal de Alan, se presentó en la escuela de parapsicología, donde se encontraba Henri Luys, y estalló en sollozos y palabras germanas que Henri apenas comprendió.

— ¡No quiero vivir con esa mujer endiablada!

—Pero ¿qué ha ocurrido, Emma? Serénate y cuéntamelo todo.

Emma explicó su historia. Henri mandó a Thrasy a buscar a Alan y Sonia y aquélla regresó, poco después, con Sonia, a la cual le faltaban algunos mechones de cabello, pero estaba bastante apaciguada.

—Es lo más estúpido que podía ocurrirme —dijo Sonia—. Primero, por cumplir las órdenes del gobierno, tengo que casarme con Alan. Y en todo este condenado asunto, lo más importante que podía ocurrirme ha sido casarme con él.

» ¡Sólo me faltaba esta alemana! ¡Es una fiera pendenciera y agresiva! ¡No tengo inconveniente alguno en cederle a Alan para ella sola!

—No se trata de eso. ¿Dónde está Alan?

—Nos arrojó un proyector y se marchó.

—No lo he encontrado en la estación. Nadie le ha visto —añadió Thrasy.

—Ve a buscarle. Pregúntale a Paul Mizzan. Yo iré a ver a Veedax. Y vosotras daos la mano y olvidar el incidente. Presiento que nuestro fiel Alan no merece que nadie discuta por él.

— ¿Qué quiere usted decir? —preguntó Emma.

—Nada.

Veedax, poco después, confirmó los temores de Henri.

—Sabía que acabaría haciéndolo. He estado demasiado ocupado con las malas noticias que llegan de Baerm para ocuparme de ese sujeto.

— ¿Qué ocurre?

—No se sabe con exactitud. Pero Agm-t-Vri cree que un buen número de seguidores de Regix han salido al exterior y se dirigen

hacia alguna parte. Ignoramos las intenciones que llevan.

— ¡Sólo pueden ir hacia Baerm, Soolkri o hacia aquí! —exclamó Henri.

—Eso parece. Los túneles están bloqueados, gracias al ultramagnetismo que produce Kaxkma. Se me ocurre que tal vez quieren efectuar una perforación desde el exterior y colocar cualquier explosivo antimaterial, que nos aplastaría en unos segundos.

— ¿Y no hay modo de averiguar lo que se proponen?

—No, como ellos tampoco pueden saber lo que pensamos nosotros, porque estamos protegidos por la barrera ultramagnética.

— ¡Entonces sólo podemos hacer una cosa, Veedax! —exclamó Henri.

— ¿Qué?

—Salir nosotros también al exterior y defender el terreno bajo el que nos hallamos.

—Sí, eso he pensado. Pero encuentro un inconveniente.

— ¿Cuál?

—La nave espacial norteamericana está acercándose. Supongo que sus cámaras telescópicas nos estarán observando. Incluso desde la Tierra, los más potentes telescopios modernos seguirán el rastro de la nave o escudriñarán nuestra superficie, tratando de descubrir el lugar en que se posará. Cualquier actividad nuestra que descubran será catastrófica.

— ¿Y no ha pensado eso Regix, antes de enviar a su gente al exterior? —preguntó Henri.

—A él parece preocuparle más nuestro aniquilamiento que las consecuencias de advertir a la Tierra nuestra presencia aquí, lo que le hace doblemente traidor y vil, que ya propugna vuestra expulsión o destrucción y no vacila en revelar nuestra existencia aquí.

— ¿Y qué hacemos con Alan Fruyberg?

—No podemos hacerle volver. Sé que se ha ido hacia Beelkri, pero, como los túneles están bloqueados, ni mi poder mental llega hasta él. De otra manera, podría inducirle a volver. De todas formas, no le necesitamos.

—Yo lo siento. Ese muchacho vale mucho.

— ¿Sí? ¡Pues ya lo ves! ¡Nos ha dejado plantados!

* * *

Alan practicó un agujero con el desintegrador en la cerrada compuerta metálica de Beelkri. Esperó a que se enfriase el metal. Luego, dejando atrás el vehículo y las provisiones, se aventuró por el agujero.

La más absoluta oscuridad invadía aquel mundo olvidado que tenía delante. Pero iba provisto de una poderosa lámpara de cuarzo, con la que alumbró la antigua ciudad, quedando maravillado de los ornamentos que vio por todas partes.

Estatuas de seres más parecidos a terrestres que a marcianos se veían en extraños jardines. Vio casas en ruinas, piedras amontonadas, y pocos o ninguno de los adelantos técnicos de los arghos, como si Beelkri hubiera sido una primitiva metrópoli conservada como museo de una desconocida historia.

En cierto modo, los antiguos moradores de Beelkri no se diferenciaba mucho de los antiguos griegos, egipcios u otros pueblos de Oriente. Y hasta se podía descubrir semejanzas arquitectónicas entre aquellas culturas y lo que ahora estaba viendo.

Sin embargo, la sorpresa mayor se la llevó Alan al descubrir, en lo que parecía ser el centro de aquella multimilenaria ciudad subterránea, lo que podía ser un «ejemplar intacto» de la torre de Babilonia.

Se trataba de un edificio impresionante, de más de doscientos metros de base, en cuadro, con una escalera muy deteriorada, que iba girando en torno a la torre, subiendo hacia perderse de vista en el techo de la inmensa caverna.

Pero Alan descubrió algo más, al alumbrar hacia lo que parecía no tener fin… ¡Y fueron varias potentes luces que, como él, trataban de adivinar de donde procedía el foco de luz que surgía de abajo!

Alan, con una maravillosa intuición, apagó inmediatamente su lámpara de cuarzo y corrió, alejándose del pie de la impresionante torre. Aún pudo ver los focos, allá arriba, como suspendidos en un cielo intensamente negro. Pero sus movimientos delataban cierta inquietud.

Otra cosa que hizo Alan casi instintivamente, al apagar la luz, fue tomar la esfera de vanadio por el mango, descolgársela del cinto y oprimir su tacto-impulsor, porque sabía que así se protegía del fluido mental de los arghos.

Y no pudo acertar mejor en sus actos, porque las mentes de los individuos que estaban descendiendo por la torre multimilenaria de Beelkri enviaron influjos mentales para tratar de averiguar quién era el sujeto que habían visto al pie de la torre.

¡Aquellos individuos eran el grupo de cien combatientes arghos que Regix, tratando de sorprender a los moradores de Tierra-Park, enviaba a efectuar el camino inverso realizado por Alan Fruyberg!

Yuna hora después, aquellos cien arghos, sorprendidos por el continuado disparo del desintegrador «láser», caían mortalmente

seccionados, ante la furia vengativa de un hombre solo que supo esperar el momento oportuno para atacar y no tenía ninguna duda de que se trataba de enemigos.

Alan no era tonto, sino todo lo contrario. Llevaba consigo el plano de los túneles que le facilitó Veedax, y gracias al cual había podido averiguar dónde se encontraba Beelkri.

Sabía, además, que desde Tahal había un túnel, bloqueado ultramagneticamente, que comunicaba con Beelkri. Y, supuso, a juzgar por el aspecto de la impresionante torre, que el tal grupo procedía del exterior.

Esta idea le hizo dudar. Pero, de pronto, lo vio todo claro, como si alguien hubiera puesto las ideas en su mente, del modo como hacían los arghos, al transmitirse el pensamiento.

(Más tarde, Alan sabría que así fue, pero la transmisión no llegó de Tierra-Park, sino de Baerm, y le fue inducida por el filósofo Agm-t-Vri, que fue quien dirigió, de modo sólo conocido por él, todos los pasos de Alan, desde que se enojó por la discusión de sus dos esposas).

En la guerra hacía falta oportunidad, agresividad y astucia. Alan poseía estas cualidades inapreciables. Su mente le indicó todo lo que debía hacer y lo hizo en el momento adecuado, sin vacilar y protegiéndose entre un montón de piedras, que posiblemente se habían desprendido de lo alto de la torre durante algún seísmo.

No tembló su pulso. En el mismo instante de abrir fuego, encendió la lámpara de cuarzo. Sorprendió a los sicarios de Regix en un compacto grupo, cuando su jefe les daba instrucciones para registrar la ciudad muerta y buscar al que debía ocultarse por alguna parte, ignorando que un dedo ávido de venganza oprimía ya el pulsador de la muerte.

Cien arghos cayeron segados por el rayo terrible y desintegrador. En un minuto escaso, ni siquiera uno quedó con vida. ¡Y lo más importante era que el propio Regix, el Gran Anciano ambicioso, estaba entre ellos!

* * *

La mente poderosa del filósofo de Baerms guió luego los pasos hasta el interior de un templo refulgente y dorado, donde encontró algo así como una mesa de oro macizo, sobre la que había una bandeja con más de cincuenta kilos de grandes piedras preciosas cubiertas de fino polvo.

Pero al soplar sobre las gemas, Alan quedó deslumbrado ante el impresionante reflejo de mil luces iridiscentes y mágicas.

— ¡Ah, esto os apaciguará, queridas mías! —exclamó Alan,

tomando puñados de aquellas piedras y guardándoselas en los bolsillos de su equipo de vacío.

No se las podía llevar todas, y lo que hizo fue esconder las restantes en un agujero del suelo y taparlas con una piedra. Echó polvo sobre el lugar, disimulando todo lo que pudo, y luego retrocedió, regresando a la entrada, donde había dejado el vehículo eléctrico.

Se había propuesto volver a Tierra-Park e informar del golpe asestado a las huestes de Regix. Luego, regalaría a Emma y Sonia algunas de las piedras preciosas que llevaba consigo y todo quedaría arreglado.

Feliz y contento, pronto se encontró con la primera dificultad. El coche eléctrico no podía pasar por el agujero practicado por él en el muro metálico. Además era imposible darle la vuelta dentro del túnel.

Poseía tres marchas automáticas y tracción delantera y trasera. Pero conducirlo hacia atrás constituía una dificultad tremenda y volcó varias veces en su intento.

Pero Alan era tenaz y no se desanimaba ante la adversidad. Llegó hasta pensar en subir a lo alto de la torre y averiguar por dónde habían penetrado sus víctimas. Pero la altura que había vislumbrado desde abajo le desanimó. Significaba ascender casi dos kilómetros dando vueltas a la torre, que, además, debía de servir de columna al techo de la gran gruta, bajo la que se había construido la antigua ciudad.

Al fin, Alan logró dominar el coche y conducirlo hacia atrás, lo que era mucho más lento que a la ida. Se tuvo que detener varias veces para alimentarse y beber, pero no sabía cuántas horas después, llegó a la salida… ¡encontrándose entonces con otro obstáculo, y era que sus compañeros habían vuelto a soldar barras y traviesas de hierro, para impedir que alguien pudiera penetrar por allí!

Tuvo que emplear de nuevo los rayos «láser» y exponerse a recibir una descarga ultramagnética, de gran voltaje, que estaba a punto de disparar Paul Mizzan.

Pero, en el último instante, el instinto de Paul comprendió que podía tratarse de Alan, que regresaba de su excursión fallida, y por esto no disparó, prefiriendo esperar un poco más.

Cuando Alan salió del túnel y vio el proyector ultramagnético apuntándole, creyó morir del susto, porque Veedax le había explicado los efectos de una de tales descargas.

— ¡No disparéis! —aulló, por el interfono del equipo—. ¡Soy Alan Fruyberg, vuestro compañero!

—No hace falta que grites tanto —le replicó Mizzan—. Apártate de

ahí, no sea cosa que vengan cien enemigos que estamos esperando.

CAPÍTULO X

El coronel Harry J. Kiffer, comandante de la «Stratocrusiar» norteamericana, que estaba preocupado por la interrupción insólita de las comunicaciones con la base de Cabo Kennedy, recibió el sobresalto más grande de su vida, al escuchar una voz que surgía del aparato receptor de radio, y que le decía en perfecto inglés:

—Escúchenos atentamente, coronel Kiffer. Hemos captado todos sus mensajes a la Tierra y acabamos de interceptar las comunicaciones. Debe usted obedecer con toda exactitud nuestras órdenes y no trate de eludirlas o será peor, porque pondrá usted en peligro su propia vida y la de los veinte hombres que le acompañan.

»En primer lugar, se equiparán todos con trajes de vacío. Luego, saldrán de la nave y se dirigirán hacia el norte, siguiendo la señal roja que marcamos anoche para ustedes.

«Llegarán hasta una colina color rojo sangre, donde les estaremos esperando. No se sorprendan de nada. No somos alienígenas, sino terrestres que tenemos motivos muy importantes para actuar de este modo.

»No pierdan tiempo en obedecer nuestras órdenes. Esa nave será destruida exactamente dentro de treinta minutos. Repetimos. Nos vemos precisados a destruir la nave de ustedes y hacer creer en la Tierra que han perecido todos al estrellarse sobre el planeta.

»Hagan lo que les hemos dicho. No podrán ponerse en contacto con Cabo Kennedy. Tienen el tiempo justo para evacuar la nave. Suerte y hasta pronto. Cuando nos veamos en Tierra-Park, lo comprenderá usted todo.

El coronel Kiffer trató de llamar a su misterioso comunicante, sin conseguirlo. Después intentó hacer lo mismo, casi desesperadamente, con su base en la Tierra, obteniendo sólo el silencio más descorazonador. Y, a su lado, dos ingenieros de comunicaciones, inquietos, aguardaban su decisión.

Uno de ellos se atrevió a decir:

—El tiempo pasa, coronel. Ya han transcurrido ocho minutos. ¿Qué piensa usted hacer?

— ¿Hacer, Hawker? —replicó Kiffer, nervioso—. ¡Pónganse todos los equipos de vacío, pronto!

Y no habían transcurrido veinticinco minutos desde la recepción del extraordinario mensaje, cuando la expedición norteamericana abandonaba la «Stratocrusiar» por la escotilla principal y se alejaba en fila en la dirección indicada.

Todos ellos se encontraban en un estado de superespectación,

extremadamente nerviosos, mirando en torno aquel terreno árido y hostil que para todos podía convertirse en tumba de un momento a otro. Parecían veintiún hombres camino del patíbulo, equipados del modo más impresionante que viera jamás un verdugo, con los más perfectos trajes de la investigación interplanetaria.

Harry J Kiffer siguió las instrucciones recibidas. Halló la señal roja que le indicaron y no tardaron en descubrir la colina. Pero, al principio, no vieron a nadie. Fue al acercarse, conservando entre sí una distancia prudencial, cuando vieron algo que se movía en una especie de grieta natural.

Inmediatamente, la inquietud desapareció de los astronautas americanos. Todos captaron perfectamente una especie de relajamiento psíquico y notaron que la tensión disminuía. Incluso llegó a darse entre ellos algún caso de euforia cuando vieron surgir a un individuo ataviado con un extraño equipo de vacío, muy ajustado, con escafandra transparente, que llevaba en las manos un objeto metálico.

Era un hombre joven, bien parecido, de cabellos largos y ojos claros. Tenía los labios partidos en una sonrisa y su voz llegó con toda claridad a oídos de los expedicionarios norteamericanos.

—Sean bienvenidos a Argho, amigos —habló Alan Fruyberg, en inglés—. No teman nada... ¿Qué tal, coronel Kiffer? Mi nombre es Alan Fruyberg.

—Pero... ¿Qué significa esto?

—Oh, es muy largo de contar, coronel Kiffer. Será mejor que vengan Ustedes conmigo. Les conduciré a Tierra-Park, donde ya les hemos preparado alojamiento.

Alan les mostró el paso. Penetraron en la fisura del terreno, encontrándose inmediatamente en una galería de techo bajo y paredes metálicas, cuyo piso era una cadena móvil de escasa velocidad.

— ¿Dónde estamos? ¡Le aseguro que no logro comprender absolutamente nada! ¿Está Marte habitado?

—Desde mucho antes que la Tierra, coronel.

— ¡Increíble!

—Eso me pareció a mí también. Luego, he tenido ocasión de cambiar de opinión.

— ¡En la NASA no teníamos ninguna noticia...!

—Ni tampoco la tenía el Departamento Interplanetario europeo. Pero es así. No se preocupen. De ahora en adelante, todo lo que van a ver absorberá su capacidad sorpresiva. Síganme. Tomaremos dos vehículos magnéticos que nos llevarán directamente a donde se encuentran nuestros camaradas.

— ¿No está usted solo?

— ¡Oh, no; vinimos cien parejas! Aquí vivían entonces unos tres mil arghos, pero, con la última contienda, su número ha quedado bastante reducido. Por eso acogemos con agrado toda la ayuda que podamos recibir.

—Pero si este planeta está habitado... ¡Eso debe comunicarse a la Tierra! ¡Será la noticia más sensacional de todos los tiempos!

—No, coronel Kiffer. Eso no puede ser. Pronto comprenderá las razones. El doctor Henri Luys les explicará...

Uno de los acompañantes de Kiffer, un joven médico americano se adelantó y preguntó:

— ¿Se refiere usted al psicoanalista francés, Henri Luys, que desapareció hace unos meses en extrañas circunstancias?

—El mismo. ¿Le conoció usted?

—No. Pero he oído hablar mucho de él... ¡Es extraordinario!

—Sí, efectivamente. Yo mismo era agente de información del gobierno. Me introduje entre ellos, para saber lo que maquinaban, y aquí me tienen, colaborando con una causa que considero más importante que mi propia vida.

»De todo eso les hablará dentro de unos minutos el doctor Luys, que es el jefe de nuestra comunidad social.

* * *

El coronel Kiffer había agotado ya su capacidad de asombro. Sin embargo, no pudo por menos que acentuar su perplejidad, al encontrarse ante la familia de Henri Luys, en su modesta y reducida vivienda, donde fue acogido con expresivas muestras de simpatía.

—Es un placer conocerle personalmente, coronel Kiffer —habló Henri Luys, estrechando la mano del astronauta—. Permítame presentarle a mi esposa Claire. Éste es Marcel, ese George y la pequeña se llama Nanette... Cuidado, que se le subirá en las rodillas. ¿Desea tomar algo?

Kiffer había visto ya Tierra-Park. Sus hombres se encontraban rodeados de jóvenes de ambos sexos y, si no juzgó mal, algunas mujeres parecían tener interés especial por ellos, tratando de llevárselos para servirles de anfitrionas.

Alan Fruyberg no pudo llevar a Kiffer hasta la mansión de Luys, porque dos mujeres casi le secuestraron. Sólo tuvo tiempo de indicar a Kiffer la casa del jefe de la colonia.

—Hemos invertido cantidades inmensas para llegar aquí, esperando hallar un mundo muerto y...

—Le comprendo perfectamente, coronel Kiffer —atajó Henri,

sonriendo—. Esto no es una pesadilla ni una entelequia. Aquí ha vivido una raza muy superior a la nuestra, que se encuentra ahora en fase preagónica. Hoy mismo le presentaré a unos cuantos sabios arghos y dentro de unos días le llevaré a la ciudad subterránea de Tahal, para que conozca usted al Supremo Regente, Veedax.

»Voy a tratar de explicarle la razón y motivo de nuestra presencia. Es una historia algo complicada. No sé si usted sabrá que mi esposa fue secretaria del Departamento Interplanetario de la Federación Europea.

— ¡Ah, sí, naturalmente! ¡La señorita Claire de Lautréamont! ¡Qué estúpido he sido! —La sorpresa de Kiffer no era fingida—. Yo la conocí en Estrasburgo, hace ocho años.

Claire sonrió.

—Debió ser con motivo de la expedición «Tierra-XX».

—Exactamente.

— ¿Qué le parece si empezamos por el principio? —inquirió Henri —. ¿Quieres servirnos café, querida?

El relato de Henri Luys mantuvo al coronel Kiffer sentado en su butaca casi una hora y media. Termina do éste, el americano inició una serie de preguntas, obteniendo respuesta satisfactoria a todas. Al fin, surgió la inevitable consecuencia.

— ¿Y espera usted que nosotros nos quedemos aquí, para recibir esa herencia cultural y técnica?

—Coronel Kiffer, siento decirle que no tienen más remedio que acceder a quedarse. La nave en la que han venido, oficialmente, se acaba de estrellar sobre la superficie de Marte. Todos ustedes han muerto.

—Pero... ¡Yo tengo familia en Connecticut!

—Lo comprendo. Por ahora, es absolutamente imposible regresar a la Tierra. Debe usted comprender que es mucho más importante lo que debemos realizar aquí que la labor de exploración inútil y superficial de este planeta, considerado como muerto por nuestros científicos.

«Además, coronel Kiffer, existen razones de índole filosófica muy superior. Nosotros estamos ya aprendiendo algo que en la Tierra habrán de transcurrir siglos antes de que conozcan. Somos un grupo de privilegiados, con un destino importante. Argho se muere y nosotros debemos conservar para la posteridad todo lo que esta civilización ha descubierto. Y no es poco.

»El otro día estuve en Baerm, hablando con el pensador Agm-t-Vri. Es un sujeto extraordinario. Sustenta la teoría de que, en un remoto pasado, cuando los arghos todavía eran semejantes a nosotros, sus

naves espaciales visitaron la Tierra y dejaron allí la semilla de su propia raza, de la cual, posiblemente, descendemos nosotros.

«Hubo otras razas espaciales que visitaron nuestro planeta. De ahí esas marcadas diferencias que nos han ensangrentado la historia. Agm-t-Vri no está seguro de su teoría. La época a que se refiere es tan antigua que ni siquiera se ha conservado vestigio alguno de tales viajes.

«Pero nuestro planeta era virgen cuando este ya estaba superpoblado. Lógicamente, sus astronautas debían sentirse atraídos por el planeta azul.

»Aquí, sin embargo, no se han visto libres de rencillas, contiendas y guerras. Aún está reciente la lucha por nuestra supervivencia, en la cual representamos un importante papel, como le he dicho.

—De todas formas, doctor Luys —dijo Kiffer, muy seriamente—, mi deber me induce a tratar de regresar a la Tierra, o, al menos, buscar el modo de informarles de lo ocurrido.

—No se lo permitiremos. Ni lo uno ni lo otro. Escuche, coronel. De usted depende encontrarse aquí entre amigos o enemigos. El joven médico que ha salido a recibirlos. Alan Fruyberg, pensaba poco más o menos como usted. Ahora, sin embargo, es uno de nuestros mejores colaboradores, porque se ha dado cuenta de que lo que tratamos de realizar aquí podría, si Dios nos ayuda, cambiar el curso desastroso y trágico de la humanidad.

»De Argho puede salir algún día la fuerza inteligente que imponga la razón y la justicia en la Tierra, que haga un reparto equitativo de la riqueza y que se termine, de una vez para siempre, el hambre, la miseria y la muerte.

—Muy loable propósito, doctor Luys —replicó Kiffer, sonriendo—. Pero mucho me temo que eso no lo veremos jamás.

— ¿Está seguro, coronel? —intervino Claire, atrayendo hacia sí a la pequeña Nanete, que tenía en sus brazos—. Yo me daría por satisfecha si los hijos de esta criatura pudieran llegar un día a la Tierra y remediaran los males que la humanidad ha estado sufriendo durante tantos siglos.

— ¿Y cree usted que eso puede ser?

—Si no lo creyera no habría venido.

— ¿Vinieron voluntariamente o fueron obligados por ese… cómo ha dicho que se llama?

—Veedax no obligó a nadie. Vinimos voluntariamente —dijo Henri —. Y nos quedaremos hasta el fin.

Yo estoy convencido de que usted no pensará como piensa cuando hayan transcurrido unos años.

— ¿Y qué pasará con las otras expediciones que vendrán en lo sucesivo? Por nuestro aparente fracaso, no se detendrá el programa espacial. Llegarán más naves, acudirán más hombres…

—Sí. Y nosotros acogeremos a los que nos merezcan mayor confianza. Los otros harán sus inútiles ensayos, se irán, y no habrán descubierto nada.

»Por el camino natural de la evolución técnica terrestre, habrán de pasar años, tal vez siglos, para que Marte sea un planeta conocido. Piense usted en que la propia Tierra todavía guarda muchos secretos en sus entrañas. Hay lugares que se descubren y luego se redescubren, como ocurrió con América.

»No, apreciado coronel Kiffer, lo que aquí nos proponemos hacer posee un sentido mucho más amplio y elevado que todo cuanto se ha hecho en las universidades de nuestro mundo. Hemos entrado en contacto con una raza que, justo es decirlo, nos aventaja en muchos siglos de progreso.

»Deseo que venga usted conmigo a ver nuestras escuelas. Hable con los alumnos. Es usted libre de moverse por Tierra-Park a su antojo. Ya se le ha asignado una morada como esta. Puede usted tomar esposa, y tratar de olvidar a su familia. Pronto poseerá una familia nueva, un horizonte claro y una seguridad como jamás haya encontrado nadie en nuestro mundo.

El coronel Kiffer no replicó.

* * *

Siglos más tarde, Marte se convirtió en un ubérrimo planeta rojo.

En la Tierra, los hombres habían quedado prácticamente diezmados, después de una guerra espantosa que contaminó las aguas, la tierra y el cielo de radiaciones atómicas.

Naves espaciales desconocidas trataron de ayudar a los desvalidos, sacando mujeres y niños de la espantosa hecatombe que la ceguera de los hombres llevó a la humanidad.

Después, también se volvió a repoblar la Tierra. Las naves, que ya no eran desconocidas, surcaron el cosmos y se posaron sobre la húmeda corteza de Venus, donde instalaron bases de aprovisionamiento.

Más tarde llegaron a Júpiter y Saturno, y se instalaron colonias en los satélites de aquellos gigantes del sistema planetario.

Ya no existían ni Henri Luys, ni Alan Fruyberg, ni Paul Mizzan. Pero sus nombres, más o menos distorsionados o modificados, estaban entre los navegantes y científicos que hicieron posible aquella expansión humana por el cosmos.

El hombre, que procedía del Universo, como parte integrante de él, regresaba, al fin, liberado de cadenas oprobiosas y lastres mezquinos a los confines de los ángeles alados. Volvía a ser dueño de la creación, amo y señor de lo que Dios creó para él, en su divina providencia.

La enfermedad dejó de ser un azote. La vida se prolongó. Y lo más importante fue que, aunque parezca mentira, se consiguió la felicidad, el estado perfecto, la calma, la serenidad y la justicia.

Los hombres no eran esclavos, ni máquinas, ni instrumentos, ni diversión, sino partes indisolubles del espíritu universal de la superación continuada en el conjunto humano del infinito. Dios estaba en todos ellos, amándoles. El amor y la amistad era el motor que impulsaba el camino ascendente del hombre.

Tuvieron que transcurrir siglos. Se transformó todo, se mudó y se cambió. El medio también había sido modificado, junto con la mente. Y todo se logró gracias al esfuerzo común y colectivo de todos los que, desde un principio, emprendieron la maravillosa aventura de la vida.

Eran seres preparados, con una herencia maravillosa de cultura y saber. Afrontaron los peligros más aterradores sin inmutarse, porque sabían que su esfuerzo no era inútil y baldío. Muchos cayeron en el empeño, por supuesto, pero la muerte no arredró a nadie jamás. Y donde caía un hombre o una mujer, otros ocupaban su puesto.

Lo más importante era que ya no luchaban contra sí mismos, sino contra la ciega y poderosa fuerza de los elementos naturales, a los que, poco a poco, fueron dominando y controlando, tanto en los planetas como en el espacio exterior, donde se descubrieron nuevas y aterradoras fuerzas.

El hombre siguió adelante. El tesón y la firmeza de sus actos estaba justificado por una causa noble e imperecedera, maravillosa, magnífica, inmortal... ¡Porque el hombre sabía ya que formaba parte del infinito, que era un pequeño eslabón en una cadena interminable, sin principio ni fin, y que los mundos podían desaparecer, porque eran materia y energía, pero él no, que era espíritu superior!

Y es que la historia no se compone únicamente de los hechos de unos cuantos, sino de los hechos de todos los grandes y los pequeños, los oscuros y los brillantes. Y ya nadie dijo aquello tan desagradable de: «Yo he hecho esto o aquello.» Lo único que se podía decir era:

« ¡Lo hemos logrado entre todos!»

FIN

Próximo título:

EL PACIFICADOR DE PLANETAS

por

CLARK CARRADOS

Su averiada astronave acabó de abollarse y rajarse contra una roca, en aquel aterrizaje forzoso, en el planeta desconocido.

El terrestre pudo salir a duras penas, pero, al ponerse en pie, quedó asombrado al ver lo que le rodeaba.

— ¡Esto es paradisíaco! —exclamó, feliz—. ¡Es lo que siempre soñé! ¡Un mundo donde no haya ni rencores, ni envidias, ni intrigas, ni violencia...! ¡Sólo paz!

¡Entonces no podía imaginar que también allí, si quería que imperase la paz, tendría que imponerla él mismo, y con la más ruda violencia!

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS
POR EL MISMO AUTOR

TERROR HIPNÓTICO,
en Espacio, 540

PLOMO CON JUSTICIA,
en Sioux, 129

EL ALQUIMISTA,
en Ciencia Ficción, 125

SANGRE Y BARRO,
en Hazañas Bélicas, 764

ORDEN DE ATAQUE,
en Espuela, 129

ÚLTIMOS NÚMEROS PUBLICADOS
EN LA COLECCIÓN
ESPACIO

536. —MOTÍN ELECTRÓNICO
537. —RAZA PERDIDA
539. —EL ELEMENTO PERTURBADOR
538. —LAS MAQUINAS LOCAS
540. —TERROR HIPNÓTICO
541. —VIAJES PROHIBIDOS
542. —«ARGHO»